



**Joaquín Calvo-Sotelo**

**La visita que no tocó el timbre**  
(Comedia en tres actos)

«La visita que no tocó el timbre» se representó por vez primera en el Teatro Lara de Madrid, la noche del 12 de diciembre de 1949 con arreglo al siguiente:

**REPARTO**

EMMA.

JUAN VILLANOVA, 44 años.

SANTIAGO VILLANOVA, 45 años.

(A los efectos de la representación tómesese buena nota de que los términos derecha e izquierda van referidos al espectador y no al actor.)

**Acto I**

La escena representa la salida de un ático, que bien pudiera estar situado en las madrileñas calles de Luchana o Viriato; en una barriada de la clase media, en suma. Hay una puerta a la derecha y

otra a la izquierda, ambas situadas en la mitad de los lienzos respectivos de pared, y una gran puerta al foro, de mampara, dividida en dos hojas, practicables. Cuando esa puerta del foro se descorre -y descorrida se ve casi siempre- se pasa al vestíbulo. En el vestíbulo, que es muy reducido, hay un banco de rejilla sobre el que se guardan las dos gabardinas, iguales, los dos sombreros negros, iguales, y las dos bufandas de los dos hermanos que la habitan, JUAN y SANTIAGO VILLANOVA. Al fondo, la puerta que da a la calle. Esta puerta, con su mirilla, desempeña un papel importantísimo en la comedia y, por esa razón, abrirá y cerrará solemnemente y con una precisión máxima: habrá de ser una puerta convincente. El mobiliario no necesita ser ni profuso ni rico. A mano izquierda, hay una mesita baja, con un par de sillones, en torno suyo. A mano derecha, adosada a la pared, una cómoda. Y cuadritos, sobre temas simpáticos, por doquier. La acción comienza a las nueve y media de una mañana de diciembre. Ha nevado toda la noche y sigue nevando todavía, fenómeno meteorológico que, si no es excepcional en Madrid; tampoco es tan frecuente como para que no merezca ser subrayado. Ah, se me olvidaba advertir que en el segundo término y sobre una cómoda que, acaso, puede hacer juego con la de la derecha, existe un teléfono.

En esta comedia hay sólo tres personajes. Dos de ellos, cuya descripción acometemos ahora, son los hermanos VILLANOVA, don JUAN y don SANTIAGO. El otro, la señorita EMMA, de la que en momento oportuno se hablará con la extensión que merece. JUAN y SANTIAGO tienen, respectivamente, 44 y 45 años sobre poco más o menos. Sus puntos de coincidencia son éstos: una misma profesión, funcionarios de Aduanas. Un mismo sastre. Unas mismas ideas políticas, aunque de ellas no se hable en la comedia. Una misma educación y un pasado de trabajos y diversiones común. Sus caracteres, sin embargo, divergen. JUAN lleva más luz dentro que SANTIAGO. SANTIAGO posee un alma burocratizada. JUAN alimenta sus sueños. SANTIAGO los roe. JUAN está construido sobre un movedizo suelo bohemio. SANTIAGO sobre un granítico e inmovible sentido del método. Por lo demás, al exterior, no tienen personalidad individual ninguna: son los hermanos Villanova. No suele hablarse de uno aislado nunca, sino de los dos. Si fuera posible admitir la hipótesis de que cualquiera de ellos cometiera un crimen, se encausaría a los dos. Si alguno fuera condecorado, ambos se creerían con derecho a usar la condecoración. Esta cuenta indistinta que, para terceros, ofrecen JUAN y SANTIAGO, abierta está, recíprocamente, sin límites de ningún género. No existe el dinero de cada uno, sino sólo el de los dos. No existe una cartilla de ahorro individual, sino común. La posición de acreedor o deudor, no es conocida para ellos. JUAN se conduce de esa manera sin esfuerzo, porque su espíritu es generoso y desprendido. SANTIAGO, con mayores dificultades, porque es un poquito tacaño, defecto que proclamamos con cierta pena, dada la indudable simpatía que por él

sentimos. Salvada esa diferencia, las posibilidades que se dan en ellos para el acoplamiento son infinitas. JUAN adora la pata del pollo y SANTIAGO la pechuga. JUAN bebe vino, pero SANTIAGO no, y, por tanto, media botella basta a sus comidas. A uno y a otro les encanta la fila nueve o diez de los fines, por lo que no se disputa nunca a, la hora de tomar localidades. Siempre votaron, en los lejanos tiempos en que se votaba, por los mismos candidatos. Para comprender su psicología convendrá advertir que, hasta hace menos dedos años, luctuosa fecha en que murió su madre, fueron tratados como niños. Pesaron, a despecho de su mayoría de edad, sobre sus libertades, limitaciones nacidas de una disciplina filial, a la que ninguno faltó. Disfrutaron, a sensu contrario, los mimos y las ternuras, que una ley biológica obliga a perder, frecuentemente, en sazón temprana. Y eso es, a mi juicio, lo que importa subrayar de modo principal en la idiosincrasia de JUAN y SANTIAGO VILLANOVA. Los cuajes comienzan su vida escénica una mañana de diciembre, de un diciembre cualquiera, en el momento de, dirigirse a su oficina, en la Dirección General de Aduanas.

Al levantarse el telón, SANTIAGO aparece sentado junto a la puerta de la izquierda. Habla con JUAN, al que no se ve. Tiene el periódico «Ya» en la mano y se halla en actitud de iniciar su lectura. SANTIAGO se encuentra a medio arreglar. Lleva, bata. Está despeinado y en zapatillas. Ambos, cuando estén completamente arreglados, llevarán corbata y brazaletes negros.1)

SANTIAGO. ¿Cuándo terminas? ¿Qué estás haciendo? ¿Has encontrado algo a base del átomo para quitarte las canas?

JUAN.- (Dentro.) No tengo canas.

SANTIAGO.- ¡Pues, hale, hombre, hale!

JUAN.- Acabo en seguida. Anda, extráctame él «Ya»...

SANTIAGO.- Hoy no han pasado grandes cosas en el mundo.

JUAN.- Veamos.

SANTIAGO.- Comentarios sobre el próximo Consistorio.

JUAN.- ¿Qué?

SANTIAGO.- Nada, que parece que va estar muy animado. Peregrinación compostelana. Noticias del Año Santo. Nuevo secretario de Acción Católica. Audiencias del Obispo de Málaga...

SANTIAGO.- ¿Qué más?

JUAN.- Las relaciones soviético-americanas siguen su curso.

JUAN.- ¿Dicen cuál es?

SANTIAGO.- Sí, el de siempre.

JUAN.- ¡Pues estamos listos!

SANTIAGO.- La nevada de ayer.

JUAN.- Ésa la vi yo, y no necesito que me la cuenten.

SANTIAGO.- Sesión Municipal. El Ayuntamiento estudia la posibilidad de convertir en plaza la calle de Alcalá y en calle la Cibeles.

Asimismo, se proyecta declarar zona verde la Puerta del Sol.

JUAN.- Bien, ¿y qué más?

SANTIAGO.- «Ya» felicita a todos sus suscriptores, lectores y anunciantes, con motivo de las próximas fiestas de Navidad.

JUAN.- Hombre, hay que contestarles.

SANTIAGO.- Sanseacabó. Y anuncios...

JUAN.- ¿Ofrecen algún empleo con ocho mil pesetas mensuales, tres horas de trabajo, coche y vivienda?

SANTIAGO.- No.

JUAN.- Entonces...

SANTIAGO.- Este otro podría interesarte: «Rubia, veinticinco años, solicita protección reservada caballero, a ser posible casado».

(Sale asombradísimo, por la izquierda. Viene a medio vestir, terminando de secarse con la toalla.)

JUAN.- ¿Trae ese anuncio el «Ya»?

SANTIAGO.- No, hombre, no; era una broma.

JUAN.- Me extrañaba mucho.

SANTIAGO.- ¿Concluiste?

JUAN.- Sí, entra tú. Y date prisa, ¿eh?

SANTIAGO.- No te preocupes. (Hace mutis por la izquierda, desde la que, como antes JUAN, continúa hablando.)

Extráctame el «ABC».

JUAN.- (Se instala en la misma silla que ocupara SANTIAGO.) La primera plana, una fotografía de la Cibeles nevada.

SANTIAGO.- ¡Audaz reportaje!

JUAN.- En la tercera... ¡Qué bárbaro! ¡Qué megaterio!

SANTIAGO.- ¿De qué se trata?

JUAN.- Otra fotografía. «El avión B-72, de diez motores, con capacidad para transportar trescientos soldados, el más grande del mundo hasta la hora de cerrar nuestra edición».

SANTIAGO.- Y artículos, ¿no trae?

JUAN.- Sí... Te voy a leer el principio de cada uno, a ver si tú aciertas después las firmas, ¿quieres?

SANTIAGO.- Hale, ya sabes que, las adivino siempre.

JUAN.- (Lee.) «El caballero ha llegado en su tartana. La tartana va tirada por una briosa yegua. ¿Es alazana la yegua? ¿Es baya? ¿Es careta? ¿Es ganivea? ¿Es, tal vez, como suelen verse por Levante, audulinia? El caballero desciende de la tartana. Tiene buen porte el caballero. En 1824, don Leandro Fernández Moratín escribe una comedia. Llámase ésta: 'El mentidero de las hermosas o Amores contrariados'. En la primera escena aparece un caballero en su tartana...».

SANTIAGO.- Ya sé, ya sé... Desde que empezaste. Es de Azorín.

JUAN.- (Solemne, de pie.) ¡God save Azorín! (Pronúnciese «Godseiff».)

SANTIAGO.- De acuerdo. Dios nos le guarde muchos años.

JUAN.- A ver el siguiente: «Escríbeme un lector para preguntarme si en el pretérito pluscuamperfecto de subjuntivo es admisible o no la

forma esdrújula, y en Dios y en mi ánima juro que plugiérame darle cumplida respuesta, porque viene su epístola aderezada con las mejores especias y compuesta en un estilo del que pudiera decirse, a la manera de Rubén, que es 'muy moderno, audaz, cosmopolita'...». SANTIAGO.- ¡De Sassone! He de leerlo después. Me encanta don Felipe.

JUAN.- (Generoso.) Bueno, aprobado. Te leeré el editorial.

SANTIAGO.- Venga. ¿Cómo se titula?

JUAN.- «La salvación está en la República».

SANTIAGO.- (Se ríe a carcajadas.) Sí, sí, que me lo voy a creer hermano. Es tu venganza por la broma que te gasté antes.

JUAN.- Quedamos en paz.

SANTIAGO.-

SANTIAGO.- En fin... Lee quiénes se han muerto y quiénes se han casado.

JUAN.- Ambas informaciones forman parte de la Sección Necrológica.

SANTIAGO.- Tal vez... Lee, anda.

JUAN.- Hoy no se ha muerto nadie importante.

SANTIAGO.- Mira si, por casualidad, nuestro jefe...

JUAN.- No, seguirá con la misma espléndida salud de ayer... Y te he de decir algo penoso. Moriría y apenas si el periódico le dedicaría más líneas que las de pago. Me pongo triste cuando pienso en eso y me sirve para medir nuestra pequeñez. El hombre que nos amarga muchas horas al día no tiene importancia ninguna. Nosotros, en consecuencia, menos aún.

SANTIAGO.- Déjate de reflexiones pesimistas, ¿Quiénes se han casado? ¿Quiénes se van a casar?

JUAN.- Voy a decírtelo. Tiene mucha importancia esa sección. ¿Sabes el motivo de nulidad que alegaba Victoriano Urzáiz para abandonar a su mujer? Que no se había publicado la noticia de la boda en «ABC».

SANTIAGO.- Menudo sinvergüenza el tal Victoriano. Con la preciosidad de mujer que tiene y la ha dejado en la calle.

JUAN.- ¿En qué calle, Santiago?

SANTIAGO.- Anda, anda... Sigue leyendo. Enlaces, peticiones de mano...

JUAN.- (Con aire burlón y levemente melancólico. Cierra el periódico y adopta, sin embargo, el mismo tono de voz que si prosiguiera su lectura.) «Por don Juan Villanova y para su hermano don Santiago, funcionario de la Dirección General de Aduanas, ha sido pedida la mano de la distinguida señorita...».

SANTIAGO.- (Se ríe.) Cállate, que tiemblo sólo de pensar que pudiera ser cierto...

JUAN.- No te intranquilices.

SANTIAGO.- A ver si has leído mal. ¿No dirá lo contrario?

JUAN.- ¿Cómo?

SANTIAGO.- «Por don Santiago Villanova, para su hermano don Juan, habilitado de la Dirección General de Aduanas, ha sido pedida la mano de...».

JUAN.- Te juro que no. (Se levanta.) Ya se fue para nosotros el tiempo en que cualquiera de esas noticias hubiera sido posible...

SANTIAGO.- ¿Melancolía?

JUAN.- Calla, hombre. Júbilo de haber superado un peligro.

SANTIAGO.- Oye, ¿por qué no preparas el desayuno?

JUAN.- No querrás que te haga el chocolate.

SANTIAGO.- Ni que yo lo tome si tú lo haces. ¿Ves, el haber despedido a Martina? Si al menos tuviéramos estas cosas electrificadas como los americanos...

JUAN.- Nosotros, los pobrecitos europeos, tenemos a Martina.

SANTIAGO.- Cuando la tenemos.

JUAN.- El todopoderoso americano dispone de un aparato eléctrico para preparar el café, de otro para tostar el pan, de otro para untarlo de mantequilla... Pero el desayuno se lo ha de preparar él. Nosotros, los pobrecitos europeos, damos una voz, si no hay fluido, gritamos: ¡Martina!; y tres minutos después nos sirven a mano y en la cama un desayuno que no se lo salta un galgo. Electrificación por electrificación, es más cómoda la nuestra.

SANTIAGO.- ¿Por qué despediste entonces a Martina?

JUAN.- Fuiste tú quien tomaste la resolución, Santiago, no yo.

SANTIAGO.- A ti no te era simpática.

JUAN.- No me gustaba su manera de describir el día que hacía, eso es todo. -¿Qué día hace, Martina? -El propio de la estación, señorito-. Era un afán de no comprometerse que me irritaba. Por pecar de la misma ambigüedad, despidió Anatole France a otro de sus criados.

SANTIAGO.- Bien; ¿hay fruta?

(Sale de la izquierda, ya afeitado y en actitud de abrocharse los gemelos de la camisa.)

JUAN.- Creo que sí. (Hace mutis por la derecha.)

SANTIAGO.- Tráetela, anda,

JUAN.- Hay fruta yagua. (Saca primero la fruta y luego dos vasos con agua en sendas bandejas.) Debimos haber tomado una asistenta estos días.

SANTIAGO.- ¡Qué tontada! Nos arreglamos perfectamente sin ninguna.

JUAN.- (Mientras desayuna.) Total, por unos duros que no valían la pena.

SANTIAGO.- Ahorramos doscientas pesetas, que buena falta nos hacen.

JUAN.- ¿En qué las invertiremos?

SANTIAGO.- Ya te pesan, ¿verdad?

JUAN.- Por de pronto, hay que comprar el regalo de boda de Fermín: Se casó en julio y estamos en falta con él. Ha de ser un regalo importante. Es nuestro mejor amigo.

SANTIAGO.- Sí, pero importante... ¡Bah! No le falta de nada. Lo esencial en estos casos, Juan, es que tenga un recuerdo de nosotros.

JUAN.- Bueno, pero no un recuerdo de que somos tacañitos.

SANTIAGO.- No te preocupes, hombre. Ya quedaremos bien.

JUAN.- En gastos menores, apunta un par de duros para ir hoy a la oficina. Tomaremos un taxi.

SANTIAGO.- Tú no sabes como disculpa la nieve los retrasos. En Madrid, donde no nieva nunca...

(Mientras habla, pone en hora el reloj que hay sobre la consola de la izquierda.)

JUAN.- En Estocolmo es cosa distinta, claro.

SANTIAGO.- Allí los funcionarios están autorizados para faltar los días de sol.

JUAN.- Hay que establecer esa costumbre entre nosotros.

SANTIAGO.- El primer día de la primavera es allí fiesta oficial, ¿no comprendes?

JUAN.- Es lógico. El sol es como un pariente querido y lejano que sólo les visita de tarde en tarde.

SANTIAGO.- ¡Pobres! ¿A cuánto comprarían la hora de sol?

JUAN.- Mira qué pena. Si pudiéramos exportarlo tendríamos más dólares que nadie.

SANTIAGO.- Pero pasaríamos un frío...

(Se ha sentado con su hermano y toma, igual que él, algo de fruta.)

JUAN.- Echo de menos el chocolate, chico.

SANTIAGO.- En el bar de abajo lo tomas, si te apetece.

JUAN.- ¿Por qué no quisiste que nos lo preparara la portera? Se ofreció a hacerlo cuando supo lo de Martina.

SANTIAGO.- Está deseando que le subamos la gratificación. Y si hubiéramos aceptado su ofrecimiento habría sido inevitable darle ese gusto.

JUAN.- Veo, hermano, que no tomas tus decisiones a la ventura.

Llevas la política económica dé la casa con un rigor ejemplar.

SANTIAGO.- Dime si toda prudencia no es poca.

JUAN.- De acuerdo. Es poca.

SANTIAGO.- Hay que guardar un equilibrio, con ingresos tan reducidos. Lo que se quita de aquí hay que llevarlo allá.

JUAN.- Por cierto, allá, ¿cuándo va a ser la Gámez?

SANTIAGO.- Aguárdate un poco. No te ofusques con los éxitos de relumbrón. Al fin y a la postre, vienen siempre «las populares».

JUAN.- Pero es un latazo que te estén hablando los amigos y contándote los chistes de la obra y que, cuando vayas tú, te los sepas todos.

SANTIAGO.- Yo ya he oído dos o tres que me han quitado las ganas de ir. Que ésa es otra de las ventajas de esperar.

JUAN.- Reconozco en ti la sabiduría ahorrativa de nuestra pobre madre.

SANTIAGO.- Falta hace, por si acaso heredaste tú el espíritu dilapidador de nuestro padre.

JUAN.- Si nos vieran viviendo así, ¿crees que se alegrarían?  
SANTIAGO.- Nuestra madre, no, porque siempre nos estaba diciendo que nos casáramos.  
JUAN.- Entonces, nuestro padre, sí, porque siempre nos estaba diciendo que nos quedáramos solteros.  
SANTIAGO.- Es curioso, dos consejos tan distintos basadas en una experiencia común.  
JUAN.- Se conoce que les fue de perlas a los dos.  
SANTIAGO.- ¿A papá también?  
JUAN.- Pues claro. A mamá, sin duda alguna, ya que nos aconsejaba que nos casáramos. Y a papá, lo mismo, sólo que él sabía lo difícil que era el que saliera bien el matrimonio.  
SANTIAGO.- Papá fue obedecido.  
JUAN.- ¿Estaremos a salvo, Santiago?  
SANTIAGO.- Hay qué suponer qué sí. Cumpliré cuarenta y seis en febrero.  
JUAN.- Yo, cuarenta y cinco. ¿Sabes lo que nos ha ayudado a permanecer solteros? El que mamá haya vivido hasta tan tarde. Ella nos daba el hogar. Sin ella, cualquier Nochebuena nos habríamos echado novia, desesperados.  
SANTIAGO.- Pero van ya dos Nochebuenas en que nos falta. ¡Pobre madre!  
JUAN.- La madre el único ser del mundo autorizado para reñirnos por pelar mal las manzanas.  
SANTIAGO.- En fin, solteros.  
JUAN.- Sí; ya es nuestra edad la que nos defiende.  
SANTIAGO.- No tanto, hombre. Aún podríamos casarnos sin provocar cencerradas.  
JUAN.- De acuerdo, pero es poco probable. Mi estado actual se llama serenidad. Floto por encima de las pasiones. Podría decirse que me he clausurado. Si mañana Gilda montara la guardia para seducirme me conseguiría, acaso, un sábado de siete a nueve, solamente. Después, le negaría el saludo.  
SANTIAGO.- Pero esto es que nos acercamos a la perfección. ¿Comprendes, Juan?  
JUAN.- Es posible que la hayamos alcanzado ya.  
SANTIAGO.- Sin embargo, con Engracia, creí que te perfeccionabas.  
JUAN.- ¡Bah! Me encontraba a gusto.  
SANTIAGO.- Eso es peligrosísimo. Encontrarse a gusto... Engracia era una tanguista, hombre.  
JUAN.- Hasta los treinta años se puede hacer una boda ventajosa. Hasta los cuarenta, una boda a la par. De los cuarenta en adelante, hay que dar momio.

(Se lleva la fruta. Deja los vasos de agua y la jarra en la cómoda de la derecha.)

SANTIAGO.- ¿Vale la pena?  
JUAN.- Mi humilde opinión es negativa.



SANTIAGO.- La mía es igual a la tuya.

JUAN.- ¿Sabes que vi ayer a Engracia? Vive en el edificio Capitol hecha una reina. La maternidad...

SANTIAGO.- ¿Es madre?

JUAN.- Tiene un niño precioso, de cuatro meses.

SANTIAGO.- ¿Hablaste con ella?

JUAN.- Sí, me saludó con tanta simpatía que me acerqué un momento. Oye, ¡qué sensación! Cuando te encuentras con una mujer que te ha traído loco y la ves con un rorro, en los brazos empiezas a pensar mil cosas. Ya me entiendes, ¿no?

SANTIAGO.- (Ambiguo.) Sí, claro. ¿Y qué aspecto tiene Engracia?

JUAN.- ¡Estupendo! La maternidad le ha redondeado. ¡Qué majestad en las caderas, chico! ¡Y qué opulencia pectoral! (SANTIAGO hace mutis por la izquierda, de donde regresará en momento oportuno) También a mí me tuviste un poco inquieto.

SANTIAGO.- ¿Por qué?

JUAN.- (Hace mutis por la derecha.) Su nombre era Antonia...

SANTIAGO.- Estaba muy enamorada de mí. Ya lo sabes. Tanto, que dejó plantado a un socio del Nuevo Club.

(Regresa poniéndose la chaqueta.)

JUAN.- Buen éxito. Pero no era de fiar. Y a ti te constaba su...

(Sale, igualmente, poniéndose la chaqueta.)

SANTIAGO.- Su ¿qué?...

JUAN.- Déjame buscar la palabra, que mi intención no es herirte a ti ni faltarle a ella.

SANTIAGO.- Afina. JUAN. Su ¿qué?

JUAN.- Señor mío: podría aplicar diferentes, vocablos para calificarla de diferentes maneras. Si hablo de versatilidad, ¿hago diana?

SANTIAGO.- Sí, la haces.

JUAN.- Y sin molestarte, ¿no?

SANTIAGO.- No tendría derecho.

JUAN.- Conste que el día en que rompisteis vestí de gala.

SANTIAGO.- ¿En qué consiste tu gala?

JUAN.- Me puse el traje nuevo. A propósito...

(Hace mutis de nuevo por la derecha e inmediatamente sale con otra americana y una silla sencillísima de madera curvada. Delante de SANTIAGO coloca la chaqueta sobre la silla, la abrocha, le saca el pañuelo presumidamente y la contempla a distancia.)

¿Cómo crees que le sienta?

SANTIAGO.- Un poco caída de hombros la encuentro.

JUAN.- Naturalmente que sí. Y el sastre empeñado en que no. Total que tengo que mandarle la silla de nuevo.

SANTIAGO.- Te empeñas en no probarte tú, directamente.

JUAN.- ¿Para qué? Desde siempre mis chaquetas les han caído a mis sillas mejor que a mí mismo.

SANTIAGO.- De todas formas...

JUAN.- Ya sabes que no soy capaz de resistir ni los sastres, ni las esperas ni las pruebas.

SANTIAGO.- No me sorprende nada. El oficio de sastre se ha divinizado en estos últimos tiempos.

JUAN.- Son unos suicidas. Ignoran que les cercan los almacenes de ropas hechas.

SANTIAGO.- Los almacenes de ropas hechas son el comunismo de los sastres. Por otra parte, en el probador tenemos siempre algo femenino; ¿no te parece?

JUAN.- Yo es allí cuando siento el peso de los años.

SANTIAGO.- ¿Por qué allí?

JUAN.- Me miro en el triple espejo y me horripilo. Uno solo puede no decirte la verdad entera. Pero tres... La papada, las ojeras, las canas que note delata el del centro, los de los lados te las acusan.

SANTIAGO.- Tienes razón. El del centro es el más noble.

JUAN.- Los de los lados son implacables, solapados, aviesos.

SANTIAGO.- ¿Por qué dices aviesos?

JUAN.- Porque sí, creo que es una palabra que va bien con la idea.

SANTIAGO.- No uses palabras que no son del público dominio.

JUAN.- ¿Hay pedantería en usarlas?

SANTIAGO.- No, pero eso es una de las cosas que te han hecho impopular con el jefe. Por ponerlas en los informes.

JUAN.- Avieso no lo dije nunca. Ni referido a él.

SANTIAGO.- Pero dijiste «inopinado» y «subrepticio».

JUAN.- Convenía...

SANTIAGO.- Para nuestro jefe, todo eso es pedantería.

JUAN.- Odioso don Aníbal. Si hoy resbalara, al bajar del autobús, me consideraría dichoso. Presume hasta de huellas digitales. Y repitiendo siempre las mismas gracias: es el bolero de Ravel.

SANTIAGO.- (Descorre la puerta. Se ven entonces, sobre el banco, dos gabardinas con dos brazaletes, dos sombreros negros y dos bufandas del mismo color.) Toma tu gabardina.

JUAN.- ¿Cómo la reconoces?

SANTIAGO.- En la tuya hay siempre un periódico de la noche.

JUAN.- Cierto. (Se la ponen con cierta simetría.) ¿Nos subimos el cuello?

SANTIAGO.- Me inclino a creer que sería prudente.

JUAN.- Los guantes, vale la pena de que los abotonemos.

SANTIAGO.- Estoy de acuerdo. (Acompañan la acción a la palabra.)

JUAN.- ¿En marcha?

SANTIAGO.- En marcha.

(Se dirigen a la puerta de la calle. SANTIAGO se interrumpe.)

Un momento.

JUAN.- ¿Qué te pasa?

SANTIAGO.- Me iba sin caramelos. Y luego, a las once, los echaría

de menos.

JUAN.- Pues anda, cógelos. No vayas a sentir debilidad después.

(SANTIAGO hace mutis unos momentos por lateral izquierda. Al compás de su última frase, JUAN abrió la puerta. El espectador pudo ver, entonces, una canastilla de paja con una media capota, de paja también, en el umbral. Al volverse hacia la puerta JUAN la ve, igualmente. La coge, extrañadísimo, se acerca con ella a la mesita, simula descubrir la ropa que la cubre y entonces da un grito agudo y corto, de sorpresa y de pánico a la vez. Veloz, se apresura a devolver la canastilla a su puesto de origen y a cerrar la puerta de golpe, espantado. SANTIAGO regresa, inocente, ajeno a todo, y se asusta al ver la expresión del rostro de su hermano.)

¡Santiago!

SANTIAGO.- ¿Qué te sucede?

JUAN.- Algo espantoso.

SANTIAGO.- ¿Qué te pasa? Hermano, hermano... (Como si temiera que se le fuerza a morir.) ¿Qué sucede?

JUAN.- Ahí, en la puerta...

SANTIAGO.- ¿Qué?

JUAN.- No vayas, te lo ruego.

SANTIAGO.- Explícate...

JUAN.- Entérate tú mismo. Por la mirilla..., pero sin abrir.

SANTIAGO.- (Abre la mirilla.) No veo nada.

JUAN.- No mires enfrente, mira hacia abajo.

SANTIAGO.- No consigo distinguir nada. ¿Qué hay? ¿Una bomba?

JUAN.- Peor.

SANTIAGO.- Caramba, malo tiene que ser.

JUAN.- Y lo es.

SANTIAGO.- Demonio, ¿de qué se trata?

JUAN.- Hay un niño.

SANTIAGO.- ¿Y qué quiere?

JUAN.- Cualquiera lo sabe.

SANTIAGO.- ¿Y por qué no ha llamado? ¿Estamos sin corriente?

(Prueba, con éxito, el interruptor de la luz de la habitación.) La

hay... ¿Es que no llega al timbre?

JUAN.- Justo. Es que no llega.

SANTIAGO.- Pequeño debe de ser.

JUAN.- No puede serlo menos.

SANTIAGO.- Calla, no me asustes... ¿Qué clase de niño es el que hay en la puerta?

JUAN.- Un niño recién nacido, hermano.

SANTIAGO.- ¿Y qué le ha traído aquí?

JUAN.- Pregunta, más bien, quién le ha traído.

SANTIAGO.- Pero, ¿cómo está?

JUAN.- En una canastilla, envuelto en unas ropas... Calla, ¿no le oyes llorar?

SANTIAGO.- (Se aproxima a la puerta.) Sí...

JUAN.- Es su manera de llamar al timbre.

SANTIAGO.- Vamos a abrir.

JUAN.- Espera, Santiago. A tiempo estamos. Pero no hagamos nada sin reflexionar previamente.

SANTIAGO.- Reflexionemos.

(Se sientan, los dos, en torno a la mesita en que han desayunado.)

JUAN.- Una cuestión previa, Santiago, bajo palabra de honor. ¿Me oyes bien? Bajo palabra de honor.

SANTIAGO.- ¿A qué viene eso?

JUAN.- Porque la pregunta que te voy a hacer no es trivial. ¿Tienes la conciencia tranquila?

SANTIAGO.- Como el cristal, hermano.

JUAN.- Bien.

SANTIAGO.- Un momento. ¿Y tú?

JUAN.- ¡Santiago! Por lo más sagrado, te juro que...

SANTIAGO.- Basta, entonces.

JUAN.- ¿Cuánto hace que no hablas con Antonia?

SANTIAGO.- Un año hizo el día de la Unificación. ¿Y tú con Engracia?

JUAN.- Hablarle, ayer... por casualidad. Concluir, para Inocentes se cumplirá el segundo aniversario.

SANTIAGO.- Conforme.

JUAN.- Veamos, pues, quién pudo traer el niño hasta aquí.

SANTIAGO.- Menuda pregunta.

JUAN.- La madre, Santiago.

SANTIAGO.- ¡Ah, eso desde luego! O alguien por orden suya.

JUAN.- Los padres no se preocupan nunca de estas cosas. Vete tú a saber dónde andará el de éste.

SANTIAGO.- Imagínate.

JUAN.- Lo mismo a punto de llegar a Pernambuco que jugando al tute subastado en la taberna del Tuerto. Cualquiera lo adivina.

SANTIAGO.- ¿Y la madre?

JUAN.- Calla. La madre podría estar en estos momentos llegando al portal. Son ocho pisos, Santiago, ocho pisos.

(Sale de estampía por la derecha.)

SANTIAGO.- Ni me muevo, Juan. Fíjate bien. ¿Vas a buscar a una madre a treinta metros de altura? Por amor de Dios, Juan, que nos volvemos locos de frío, que es espantoso el aire que entra.

(Cierra la puerta de la derecha con violencia. Después sigue hablando, más fuerte, para vencer ese obstáculo.)

¿Ves algo sospechoso? Anda, Juan, no seas ingenuo...

(Le tira la curiosidad y se empina un poco, por si mejora su observatorio, aunque no lo consigue.)

Vamos, Juan.

JUAN.- (Sale sacudiéndose la nieve que le ha caído en la solapa.)  
¡Qué temperatura!

SANTIAGO.- ¿Hiciste algún descubrimiento?

JUAN.- Ninguno. Un coche arrancaba del portal en el mismo momento en que me asomaba.

SANTIAGO.- ¿Viste la matrícula?

JUAN.- Era oficial. No creo yo que...

SANTIAGO.- No parece probable. ¿Y qué más?

JUAN.- Nada. Transeúntes innominados. Poca gente. Y un frío que pela, querido hermano. La madre, tal vez estuviera al alcance de mis miradas, pero yo no la he reconocido, naturalmente. Y, sin embargo, ese niño se encuentra ahí desde hace muy poco tiempo, Santiago.

SANTIAGO.- ¿Por qué lo sabes?

JUAN.- Porque cuando llamó la chica de los periódicos y yo salí a abrirle, no estaba allí. Y ha pasado, desde entonces, media hora escasa.

SANTIAGO.- ¡Es cierto!

JUAN.- En ese interregno...

SANTIAGO.- No digas interregno, hombre.

JUAN.- Caramba, la ocasión lo vale... En ese interregno, alguien ha subido con el niño en los brazos, lo ha dejado en nuestra puerta y se ha ido.

SANTIAGO.- De acuerdo.

JUAN.- Segundo punto. ¿El niño viene destinado a nosotros?

SANTIAGO.- Es evidente que sí.

JUAN.- ¿Por qué no ha de haber un error en esto? ¿No te han mandado nunca a ti paquetes que iban destinados al vecino?

SANTIAGO.- En primer lugar, no te olvides que el ático de enfrente está vacío desde hace un mes., Los dueños se han ido a la Argentina.

JUAN.- No importa. Han podido confundirse de piso. Por otra parte, si he vencido los impulsos que me llevaban, como es natural, a recoger el niño, es porque creo que ese hecho tiene ya una gravedad.

SANTIAGO.- ¿Por qué?

JUAN.- Imagínate que dejamos al niño donde está. Alguien más vendrá hoy aquí, ¿no es cierto? Inclusive podemos provocar la visita de la portera con cualquier pretexto que la marcha de la Martina hace facilísimo de inventar.

SANTIAGO.- ¿Y qué?

JUAN.- Si es la portera quien se lo encuentra, nosotros podemos encogernos de hombros.

SANTIAGO.- Tanto como eso...

JUAN.- Naturalmente que sí. ¿Dónde empieza nuestra casa? De la puerta para aquí, no de la puerta para allá. De la puerta para allá es tierra de nadie, querido hermano. ¿Qué uso te permiten hacer del descansillo, dime? El necesario para saltar desde el ascensor hasta tu piso, no otro. Pues, entonces, ¿por qué me ha de pertenecer a mí lo que aparezca en el descansillo?

SANTIAGO.- Le han puesto tan pegado a nuestra puerta que ni se ve desde la mirilla. ¿Cómo decir que no está destinado a nosotros? Si viene la portera llamará diciéndonos: «Eh, señoritos, este paquete que han dejado para ustedes».

JUAN.- (Como si le contestara a la portera.) ¿Qué paquete?

SANTIAGO.- (En el papel de la portera.) Éste, señoritos, que hay en la puerta.

JUAN.- ¿Qué clase de paquete es?

SANTIAGO.- Un niño recién nacido, señorito.

JUAN.- Yo no he encargado ningún recién nacido. Sin duda se trata de un error.

SANTIAGO.- ¿Lo devuelvo a la tienda?

JUAN.- O lo regala usted a un amigo. A mí me da igual y yo no pienso abrir. (Transición. Poniendo fin a su juego.) No abrir, Santiago. Ésa es la fórmula. Mientras no abras y tomes contacto con el niño, el niño nada tendrá que ver contigo ni conmigo. La divisoria es la puerta, ¿comprendes, Santiago? Y si permanece cerrada, igual de obligados estamos a él que a los que se abandonan en las calles de Shanghai. Podemos encogernos de hombros con toda tranquilidad.

SANTIAGO.- Entonces, ¿qué hacemos?

JUAN.- Nada. Armarse de paciencia y esperar. Son horas de bastante movimiento en la escalera y me da el corazón que no pasará mucho tiempo sin que nos veamos libres de complicaciones.

SANTIAGO.- (Vacilante.) Ay, Juan... Yo no sé si acertaremos o nos equivocaremos, dejándolo ahí.

JUAN.- No lo dudes. Ya verás como sí.

SANTIAGO.- ¡Cuidado! ¿No suena el ascensor?

JUAN.- Sí, está subiendo.

SANTIAGO.- Sentémonos como si nada, Juan.

(Se sientan los dos con el decidido propósito de adoptar un aire inocente, que sólo a medias consiguen.)

JUAN.- Hablemos de cosas sin importancia... Es lo mejor... Ayer vi el nuevo modelo del Studebaker. Lleva el motor al costado.

SANTIAGO.- Sí...

JUAN.- A mí ese modelo me parece que... (Intentaría seguir hablando de puerilidades análogas, pero no puede. El ruido del ascensor le obsesiona.) Sigue subiendo.

SANTIAGO.- Sí, sigue subiendo el tío.

JUAN.- Interregno está mal, pero tío, también.

SANTIAGO.- PSSS... (De buena gana se levantaría, pero comprende que sería una imprudencia. Prefiere, estoicamente, esperar sentado cuanto suceda.) Sube que sube que sube... Trepa que trepa que trepa... (Torturado.) ¡Ay, Juan!... ¿No cometeremos un disparate dejando al niño ahí fuera?

JUAN.- (Sin prestarle atención. Sigilosamente.) Psss. Calla.

(Entonces, SANTIAGO, estalla. No puede aguantar más tiempo su disconformidad. Da un salto, se dirige a la puerta, la abre, coge la canastilla con el niño, la mete en el vestíbulo, cierra la puerta y se coloca, por un segundo, recostado en la jamba, como un espía de la Paramount. Al niño, huelga decir, no le presta atención alguna. JUAN le ha visto operar, sin poder impedirselo. Desolado.)

¡Pero, Santiago!...

SANTIAGO.- (Con violencia y cautela simultáneas.) Tú te callas.

(Unos segundos de pausa y, al fin, el timbre, en una sola y breve pulsación. Santiago parece disponerse a responder, pero Juan, desconfiando de su diplomacia, se lo impide.)

JUAN.- ¡Déjame a mí!

(JUAN se aproxima a la puerta. El niño queda a su espalda. SANTIAGO coge de nuevo la canastilla y, a una cómica velocidad, hace mutis por la izquierda. Casi en el acto, regresa sin él. El timbre suena de nuevo. SANTIAGO se aproxima; a su hermano y, solidarizado con su inquietud, escucha, a su igual, detrás de la puerta.)

SANTIAGO.- Abre, no vayan a extrañarse.

JUAN.- (En voz alta y tranquila, con una visible vanidad de sangre fría.) ¿Quién es?

VOZ DE HOMBRE.- ¿Le interesan a usted las obras completas de don Miguel de Cervantes?

JUAN.- (Infamado de santa cólera.) ¿En qué periódico colabora ese señor?

VOZ.- (Sorprendidísimo.) ¿Cómo dice?

JUAN.- Yo no leo obras de desconocidos.

VOZ.- Bueno, bueno...

JUAN.- (Vuelve a primer término, con aire ofendido. A SANTIAGO, que le sigue.) ¿Has visto importuno semejante? ¿Qué ocasión se le ha ocurrido para vendernos El Quijote!

SANTIAGO.- Qué quieres..., el pobre...

JUAN.- ¿Y el niño? ¿Voló?

SANTIAGO.- No, hombre, le guardé dentro.

JUAN.- ¿En el frigidaire?

SANTIAGO.- No seas bárbaro, hombre. Le puse en mi cuarto, por si necesitabas abrir la puerta.

JUAN.- ¿Y se puede saber por qué demonios le has metido en casa?

SANTIAGO.- Siempre estamos a tiempo de volverlo a sacar, Juan.

JUAN.- De acuerdo, pero, ¿para qué le has quitado de la puerta?

SANTIAGO.- Cálmate, Juan. He pensado lo siguiente. Si el niño no trae nuestra dirección, podemos hacernos los locos respecto de él y decir que somos víctimas de una broma pesada, ¿comprendes? Pero, ¿y si la trae?

JUAN.- ¡Qué inteligente eres, hermano! Y yo, ¡qué bárbaro!, que no había caído en eso. Manos a la obra. Veamos con quien nos jugamos el dinero. Conducele inmediatamente a mi presencia.

SANTIAGO.- ¿Le vas a interrogar?

JUAN.- Anda, anda...

(SANTIAGO se marcha por la izquierda y retorna, sin pausa, con la canastilla, que coloca sobre la mesa del desayuno.)

SANTIAGO.- Aquí le tienes.

JUAN.- ¡Qué barbaridad!

(Los dos se sientan en torno suyo y le examinan, con un pintoresco aire de despistados.)

SANTIAGO.- ¿Qué edad tendrá esto?

JUAN.- No seas inculto. No se dice qué edad. Se dice qué tiempo.

SANTIAGO.- Bueno, ¿qué tiempo?

JUAN.- Ni idea. Como máximo, cuarenta minutos.

SANTIAGO.- Vamos, hombre.

JUAN.- Pues, para mí, no aparenta más.

SANTIAGO.- Sí, hombre, sí. Esto tiene lo menos cinco o seis días.

No hay más que verlo.

JUAN.- (Mira al niño y en seguida a SANTIAGO; después a SANTIAGO y, otra vez, al niño. SANTIAGO se da cuenta de este juego.)

¡Santiago!...

SANTIAGO.- ¿Qué tontería vas a decirme?

JUAN.- Sois dos gotas de agua, Santiago, sois dos gotas de agua.

(Le echa las manos al cuello, como si fuera a ahogarle)

SANTIAGO.- Bueno, me parece que la ocasión no se presta a que me gastes bromas estúpidas. ¡Qué caramba!

JUAN.- Ahora sin bromas, Santiago. ¿A quién crees tú que recuerda, de las personas que conocemos?

SANTIAGO.- No sé, así, a primera vista...

JUAN.- A don Aníbal, nuestro jefe, ¿no?

SANTIAGO.- Calla, a propósito del jefe. ¿Te has dado cuenta de la hora que es?

JUAN.- Telefona a Aduanas, diciendo...

SANTIAGO.- ¿Qué puedo decir?

JUAN.- Que estamos de parto y llegaremos más tarde. Lo que se te ocurra...

(SANTIAGO marca un número en el teléfono mientras JUAN continúa el análisis de las facciones del niño.)

SANTIAGO.- ¿Es el 21-51-14? ¿No?

JUAN.- Sí.



SANTIAGO.- Comunica.

(Vuelve junto al niño.)

JUAN.- Oye, ¿eso es niño o niña?

SANTIAGO.- (Como reprochándole su estupidez.) ¿Cuál crees que será la mejor manera de adivinarlo?

JUAN.- Santiago, yo soy muy tímido para estas cosas. Infórmate tú. Yo voy a ver si el teléfono está libre.

(Va en efecto al teléfono y marca un número en él. Simultáneamente, no aparta la mirada de SANTIAGO, que se acerca a la canastilla y, tras unos instantes de vacilación, examina a la criatura.)

SANTIAGO.- (Con gesto de desdén.) Niño.

JUAN.- Comunica todavía.

SANTIAGO.- . Bien.

JUAN.- ¿Y trae algo? ¿Una tarjeta, una carta, algo?

SANTIAGO.- Así, a primera vista, no.

JUAN.- Busca, busca como buscabas en la frontera de Irún, miserable, que eras el terror del turismo, que hiciste pagar a un diabético como exportador de azúcar.

SANTIAGO.- Nada.

JUAN.- ¿Viene sin trípico?

SANTIAGO.- Con lo puesto.

JUAN.- ¿Qué aire tiene?

SANTIAGO.- Pues, bastante bueno. Las ropas me parecen estupendas.

JUAN.- ¿Y es posible que no traiga ni dos líneas siquiera?

SANTIAGO.- Pues no... Espera... ¡Calla! Un disco.

JUAN.- ¡Demonio! ¿De qué? ¿Opera, baile, música sinfónica, cantos regionales?

SANTIAGO.- No dice nada. Es uno de esos discos de aficionados que se impresionan por treinta pesetas en cualquier parte.

JUAN.- Está nuevo, naturalmente.

SANTIAGO.- Sin usar, Juan.

JUAN.- Esto quiere decir que hay que poner el disco para saber a qué atenerse.

SANTIAGO.- Supongo que sí.

JUAN.- En el disco nos darán los informes que andamos buscando.

SANTIAGO.- Pues hale, ¿qué esperas? Vamos al gramófono.

JUAN.- Mira si te hago caso y no lo compramos. Maldita sea. Está estropeado el enchufe.

SANTIAGO.- Pero el de aquí, no. Funciona. Yo quito la lámpara.

(Desenchufa la lámpara portal y ayuda a JUAN a instalar el aparato.)

JUAN.- ¿Funciona?

SANTIAGO.- Sí, hombre, perfectamente.

(JUAN dispone todas las cosas en orden para tocar el disco, y cuando ya estaba apunto, se interrumpe.)

JUAN.- Santiago...

SANTIAGO.- ¿Qué hay?

JUAN.- El crío se ha dormido y, si ponemos el disco, es capaz de despertarse y ponerse a berrear.

SANTIAGO.- Tienes razón. Aguarda.

(Coge la canastilla y se la lleva por la izquierda. Regresa enseguida.)

Lo he dejado en tu cuarto. Con la puerta cerrada. Venga el disco.

JUAN.- Tranquilízate, por favor.

(Suena música de baile. Los dos hermanos se miran llenos de asombro.)

SANTIAGO.- Caray, qué broma... Pues sí que estamos para musiquitas. Quitá eso, hombre.

JUAN.- Aguarda. A lo mejor, lo interesante viene al final.

(Los dos encajan, incomodísimos, aquel concierto inesperado, mirándose recíprocamente, dados a los demonios. Al fin la música cesa.)

SANTIAGO.- Calla. Tal vez ahora...

DISCO.- Guía comercial. Los mejores muebles para recién casados...

SANTIAGO.- Juan, hijo, te has confundido. Enchufaste la radio.

JUAN.- Tienes razón. No sé por dónde ando. (Manipula otra vez.)

Ahora, ahora es el disco.

SANTIAGO.- Vamos a ver qué pasa.

(Una voz de mujer, hablando muy pausada y melosamente, dice así:)

DISCO.- Me llamo Santiaguito.

JUAN.- ¿Santiaguito? ¿Qué te dije yo?

SANTIAGO.- Oye, Juan, no seas botarate. Te repito que no tengo nada que ver con esto.

JUAN.- ¿Y entonces, ese nombre?

(Los dos han seguido hablando sobre el disco, con lo cual éste se oye confusamente. Tanto que SANTIAGO se decide a interrumpirlo.)

SANTIAGO.- ¿Ves la tontería que has hecho? No nos hemos enterado de nada. Vuélvolo a empezar. Pero tranquilízate, si te es posible, caramba.

JUAN.- Hale.

DISCO.- Me llamo Santiaguito. Quiero ser ingeniero de minas. Ése es el sueño de mi vida. Espero que, cuando sea mayor, todos me den mil facilidades para eso. Con veinticinco años de anticipación, gracias, gracias. Y adiós...

(El disco cesa.)

SANTIAGO.- ¿Qué te parece? Es ambiciosa la criatura, ¿verdad?

JUAN.- ¡Menuda carrera ha elegido el angelito! Pero, bueno, el disco es una monserga estúpida que ni me divierte ni nos saca de dudas. (Le grita al gramófono.) Ya podías decirnos quiénes son papá y mamá. (Transición.) Santiago, ¿y qué hacemos?

SANTIAGO.- Sólo nos queda un camino. El de la Comisaría.

JUAN.- Entregar allí a la criatura, ¿no?

SANTIAGO.- Evidentemente. No hay otro recurso.

JUAN.- Pues vamos. Y sin perder un minuto.

SANTIAGO.- Ahora bien. En la Comisaría, ¿qué contaremos?

JUAN.- Lo que nos ha pasado, sin quitar ni añadir puntos ni comas.

SANTIAGO.- Nos conviene un testigo.

JUAN.- ¿Testigo? ¿De qué? No lo tenemos.

SANTIAGO.- Hay que llamar al portero y explicarle lo que nos ha pasado.

JUAN.- Y el portero; ¿nos creará?

SANTIAGO.- Hombre, supongo que sí.

JUAN.- Un segundo, Santiago. Supongamos que el portero llega, que nos trasladamos con el niño y con él a la Comisaría y que todo sale a pedir de boca. ¿Qué sucede entonces?

SANTIAGO.- El niño ingresará inmediatamente en uno de los establecimientos dispuestos para estos casos.

JUAN.- ¡Ajá! La Inclusa o algo parecido, ¿no?

SANTIAGO.- Seguramente. ¿Qué te pasa?

JUAN.- Santiago, me da pena. No te lo puedo negar. Imagínate su suerte. Es bastante triste. Una orfandad completa. Un blusón de uniforme dentro de cuatro o cinco años. Un oficio manual y de apellido, Expósito.

SANTIAGO.- Puede salir un torero estupendo. Acuérdate de Currito de la Cruz.

JUAN.- Es la excepción.

SANTIAGO.- Bueno, entonces, ¿qué?

JUAN.- Podríamos adoptar otra actitud diferente.

SANTIAGO.- ¿Cuál?

JUAN.- ¿Y si dejáramos el niño a los señores de Balboa que viven en el piso de abajo?

SANTIAGO.- ¡Demontre!

JUAN.- Son encantadores de aspecto, no tienen hijos, han cumplido ya los sesenta, y mucho me equivoco si a éste no le abren los brazos paternalmente.

SANTIAGO.- Es de pensar.

JUAN.- ¿Qué puede suceder? Dos cosas. O que le acepten y se queden con él o que le rechacen. Si se quedan con él, magnífico. Si le rechazan, será para llevarlo también a la comisaría más próxima. Las consecuencias, por lo que al chiquillo se refiere, las mismas.

SANTIAGO.- Tienes razón.

JUAN.- En cambio, le ponemos en condiciones de probar fortuna en una casa excelente, desde todos los puntos de vista. No te olvides que, del ático al piso de los Balboa, hay una diferencia de renta de cien duros, lo cual dice mucho en favor de ellos.

SANTIAGO.- ¿Qué hacemos, entonces?

JUAN.- No hay que pensarlo más. Bajarle.

SANTIAGO.- ¿Quién?

JUAN.- Tú mismo, yo mismo... Es igual.

SANTIAGO.- Tú mismo.

JUAN.- Sí, hombre. ¿Por qué no?

SANTIAGO.- Pues, hale.

JUAN.- ¿Le dejamos el disco?

SANTIAGO.- Yo no sé qué pensar. Es un disco bastante tonto.

JUAN.- Pero, de todas maneras, sirve como carta de presentación.

SANTIAGO.- ¿Y si la escribiéramos nosotros mismos y nos quedaríamos con el disco por si puede hacerse alguna averiguación respecto de la madre?

JUAN.- Mejor sería. Andando. Escríbela tú.

SANTIAGO.- ¿Qué le digo?

JUAN.- Lo mismo que el disco, poco más o menos.

SANTIAGO.- (Busca papel, saca la estilográfica.) «Me llamo Santiaguito...». Nada de que quiere ser ingeniero de minas, claro.

JUAN.- Hombre, naturalmente que no. Es prematuro.

SANTIAGO.- «He oído hablar en todas partes de la bondad de los señores de Balboa, y a ella me encomiendo, seguro de que me acogerán con benevolencia. Ustedes, sin embargo, resolverán lo que estimen más en justicia».

JUAN.- (Burlón.) «Que pido en Madrid, a tantos de tantos...». No hombre, no. Olvídate de tu prosa de funcionario.

SANTIAGO.- Es verdad.

JUAN.- «Ustedes, sin embargo, tomarán la decisión que les parezca, conforme a su conciencia.»

SANTIAGO.- Eso es, ¿quién firma?

JUAN.- «Por Santiaguito, que no sabe firmar». Y pon una cruz.

SANTIAGO.- Concluida.

JUAN.- Pues venga. Oye, el pequeño va a tener frío. Échale alguna cosa para abrigarle.

SANTIAGO.- Sí, esta bufandita.

(Se quita su propia bufanda y arrolla con ella a la criatura.)

Ya va mejor.

JUAN.- ¿Tú te quedas o bajas delante de mí?

SANTIAGO.- (Que enmascara de prudencia su indisimulable miedo.)

No, te espero aquí.

JUAN.- Conforme. Asómate, a ver si viene alguien.

SANTIAGO.- (Se asoma por el hueco de la escalera y da un informe tranquilizador.) No hay nadie. Rápido.

(JUAN sale con la criatura en los brazos. SANTIAGO, a distancia, le presta su apoyo moral. Transcurren unos segundos, los precisos para ejecutar los planes convenidos. En un momento dado, SANTIAGO abandona supuesto de vigía y regresa a primer término. JUAN tarda un poco en volver, su misión cumplida. Trae un aire de manifiesta zozobra.)

SANTIAGO.- ¿Qué? ¿Fue bien la cosa?

JUAN.- No ha podido ir peor.

SANTIAGO.- ¿Qué sucede?

JUAN.- Vas a saberlo inmediatamente.

(JUAN cierra la puerta al entrar. Ahora alguien la aporrea con manifiesta destemplanza.)

VOZ DE HOMBRE.- (Dentro.) ¡Oiga! ¡Oiga!

SANTIAGO.- ¡El señor Balboa!

VOZ.- ¡Oiga! ¡Oiga! No se hagan los locos, que sé que están ahí.

¿Me quieren decir qué porquería de recién nacido es ésta?

(Y cae rápidamente el telón.)

## Acto II

La misma escena del acto anterior.

Al comenzar la acción, JUAN y SANTIAGO aparecen sentados en torno a la canastilla. Se han despojado de sus gabardinas y visten sus trajes de calle. Sus actitudes son muy semejantes. El niño, impávido no da señal ninguna de vida.

JUAN.- Bueno, así no pretenderás seguir toda la mañana.  
SANTIAGO.- Evidentemente, no.  
JUAN.- Esta inacción nuestra no conduce a nada.  
SANTIAGO.- Estoy de acuerdo. Ahora, dime con que acción la sustituyes.  
JUAN.- Tenemos que pensar.  
SANTIAGO.- Yo no puedo todavía.  
JUAN.- ¿Por qué?  
SANTIAGO.- Me encuentro bajo los efectos del shock.  
JUAN.- Hay que superarlos.  
SANTIAGO.- Es muy difícil.  
JUAN.- Lo comprendo, pero no queda otro recurso.  
SANTIAGO.- A ti la cosa te ha dejado muy tranquilo.  
JUAN.- Eso no es cierto. Te consta que no.  
SANTIAGO.- Tenemos temperamentos muy distintos.  
JUAN.- De nosotros decían que éramos, no hermanos gemelos, sino simétricos.  
SANTIAGO.- Gemelos no lo somos. Te llevo un año, y simétricos tampoco. Asimétricos. Yo tengo el sentido de la responsabilidad. Tú eres...  
JUAN.- Cuidado, Santiago.  
SANTIAGO.- Tú eres un viva la Virgen, Juan. Y lo has sido siempre.  
JUAN.- Yo no me dejo ahogar en un vaso de agua, eso es todo.  
SANTIAGO.- ¿A eso le llamas un vaso? Esto es el pantano del Chorro, hermano.  
JUAN.- Bueno, yo no me dejo ahogar en un pantano. Conmigo no puede ni el Pacífico.  
SANTIAGO.- Te felicito por tu aguante, pero me temo que sea de labios para afuera.  
JUAN.- Sabes que temple no me falta cuando llega la ocasión.  
SANTIAGO.- (Exasperado.) ¡Pues ya llegó!  
JUAN.- No te excites. Examinemos los hechos. En el momento de ir a dejar la criatura en la puerta de los señores de Balboa...  
SANTIAGO.- (Lo remeda.) Esos señores encantadores de aspecto, como tú decías, que ««o mucho me equivoco o le acogerán en sus brazos paternalmente...»».  
JUAN.- ¿Era absurdo suponerlo así? El señor Balboa se pasa todas las mañanas en la acera de Correos, con su barba y su bastón de puño de marfil, echando migas de pan a las palomas.  
SANTIAGO.- El señor Balboa las engorda unos días; después las mete un estacazo, cuando no le ven, y se las come.  
JUAN.- Es posible. Pero yo no lo sabía, Santiago. Y mi elección no estaba mal hecha. Llevar unas barbas como las que tiene el señor Balboa y ocultar un corazón reseco, egoísta y sin efusión, debiera estar prohibido por las autoridades.  
SANTIAGO.- Por las autoridades... qué sandeces dices.  
JUAN.- Sí, sí, no exagero nada. Si yo me visto de uniforme de coronel de Artillería y salgo a la calle con mi gorra de plato y mis bombas, y mis botas de montar y me descubren, ¿no me detienen?  
SANTIAGO.- Claro que sí. ¿A quién se le ocurre?

JUAN.- ¿Y por qué? ¿Porque no soy coronel?

SANTIAGO.- Naturalmente.

JUAN.- Pues, las barbas, son el uniforme de las almas superbondadosas y extratiernas y representan, para ellas, lo que el sable para la Caballería o el tricornio para la Guardia Civil.

SANTIAGO.- Dichoso siglo XIX.

JUAN.- ¿A qué viene ese canto al siglo XIX?

SANTIAGO.- Todos llevaban barba entonces y, por definición, tenían que ser puros como arcángeles.

JUAN.- ¡Qué error! Las barbas, entonces, eran el traje de diario, el rasurado de hoy. Pero las cosas han cambiado mucho y hoy, las barbas sólo las llevan algunos seres que se permiten el lujo de dejárselas crecer en un mundo en que la Gillette tiene dominios mucho mayores que los que conoció Carlos V, y que aparecen de pronto en el tranvía o en el café, mientras nosotros acabamos de afeitarnos hasta el último pelo, con una mata en la que cabe una familia de gorriones. ¿Por qué se les permite eso? Porque se supone que son tan buenos o tan respetables que necesitan irse anunciando a los transeúntes por si les pasa algo, para que recurran a ellos. Y de hecho, ¿no es así, Santiago? Cuando nosotros teníamos ocho, nueve años, ¿a quiénes pedíamos cerillas, a quiénes preguntábamos la hora que era, sino a los señores con barbas? Y aquél día que te di una patada, en donde te consta, que te dejé temblando, porque me habías quitado el regaliz, ¿a quién le fuiste a decir: «Me ha pegado mi hermano», con tus lagrimitas en los ojos y tus moquitos, que inspiraban asco, sino a aquel señor de barbas que paseaba por la acera de Rosales?

SANTIAGO.- Mira, Juan...

JUAN.- Y si yo me visto de coronel de Artillería y me descubren, ¿qué sucede? Que me llevan a la cárcel, porque lo que yo soy es funcionario de Aduanas. Pues con el señor Balboa, que es un bicho, habría que hacer exactamente lo mismo. A la cárcel. ¡Ah!, y antes, naturalmente, quitarle el uniforme, esto es, afeitarse.

SANTIAGO.- No eres justo, Juan.

JUAN.- Sí que lo soy. Su conducta es ignominiosa.

SANTIAGO.- No lo es. Lo que pasa es que...

JUAN.- Yo sé bien lo que pasa, mejor que tú, Santiago, porque lo he vivido, ¿me entiendes?

SANTIAGO.- Pues entonces...

JUAN.- En el momento mismo que acababa de dejar al niño en la puerta y que escapaba, el señor Balboa la abría. Aún no sé si tropezó con la canastilla, el miserable... Si todavía abría, parece que estoy oyendo su voz... «¿Qué significa esto, señor Villanova?» Y, a los pocos minutos, teníamos aquí al niño, al señor Balboa y, lo que es más grave, a la señora Balboa. (La imita, marcando su enorme gordura con las manos.) ¡La señora Balboa!... ¿Ves lo que te he dicho de la barba? Pues dalo por reproducido para las grasas. Gordas como un barril y, sin embargo, seca, de espíritu como una piedra. ¡Estafadora!

SANTIAGO.- (Pausa.) ¿Tú has leído la historia de San Francisco de

Asís?

JUAN.- Por encima.

SANTIAGO.- Mira que, era tan bueno, que no se puede decir nada en contra de él, ¿verdad?

JUAN.- Hombre, San Francisco de Asís... También buscas unos puntos de referencia...

SANTIAGO.- No, es que yo creo que vas a San Francisco de Asís con la misma encomienda y no se conduce de modo muy distinto a como lo ha hecho el señor Balboa.

JUAN.- El señor Balboa es un tipejo.

SANTIAGO.- El señor Balboa es un hombre normal que, de pronto, se ha dado cuenta de que tú querías colarle de contrabando un recién nacido, para que él lo criará, si hacía falta, se preocupara de su educación y le costeara una carrera. Y el señor Balboa, como es lógico, ha reaccionado diciendo: «Pero, hombre, ¿por quién me ha tornado usted?».

JUAN.- El señor Balboa está casado. Y, ¿para qué crees tú que se habrá casado ese mastuerzo? Para tener hijos seguramente, ¿no? Pero, he aquí que, pasan los años, y el señor Balboa no los tiene. Aguas, lunas, cambio de aires... Y la señora Balboa sin alumbrar. Y de pronto, por obra y gracia de birlibirloque, un niño que llega...

SANTIAGO.- Pero no por vía natural, Juan.

JUAN.- Mejor aún, por vía sobrenatural. Si los señores de Balboa estuvieran animados de sentimientos auténticamente cristianos, ¿no elevarían sus preces a la Providencia para agradecersele? Claro que sí, hermano mío. Pero los señores de Balboa son unos fariseos de tomo y lomo...

SANTIAGO.- Bueno, Juan. Si no quieres que me tire por el balcón enloquecido, cállate de una vez y reflexionemos serenamente sobre nuestra situación.

JUAN.- No hay nada que reflexionar. Es muy claro. Nos han fastidiado.

SANTIAGO.- ¿Qué hacemos con la criatura?

JUAN.- Pues no sé, querido, hermano..

SANTIAGO.- ¿Llevarla a la Comisaría

JUAN.- Pero si eso es prácticamente imposible, tal y como se han puesto las cosas...

SANTIAGO.- ¿Porqué? Juan. Hay algo que tú no has advertido todavía.

SANTIAGO.- ¿De qué se trata? (En este momento suma el timbre de la escalera. Los dos se miran llenos de zozobra.) ¿Has oído?

JUAN.- Pregunta ociosa.

(Se levanta para abrir la puerta, pero antes descorre la mirilla. Busca a quien baya podido llamar en varias cómicas actitudes, colocándose primero de un lado, después del otro, mirando de abajo arriba y, después, con ayuda de una silla, de arriba a abajo.)

SANTIAGO.- ¿Quién es?



JUAN.- (Cuando ya sus exploraciones fracasaron.) Santiago: tengo que darte una noticia grave. No se ve a nadie. Hay un ochenta por ciento de probabilidades de que sea otro niño.

SANTIAGO.- ¿Otro niño?

(Y, de pronto, le acomete una risa histérica, anormal, enfermiza, que acaba inquietando a JUAN.)

JUAN.- ¡Santiago, vamos, Santiago, cálmate!

SANTIAGO.- Otro niño... Dos, tres, cuatro niños... ¡Ja, ja, ja!  
Cada media hora llega uno, como los trenes a la estación del Norte.  
¡Ja, ja, ja! Y esto se va poblando, poblando... Un pisito de soltero... Sí, sí... ¿Ja, ja, ja! El Colegio del Pilar, los hermanos Maristas... al acabar las clases. ¡Ja, ja, ja! ¡ja, ja, ja!

(JUAN, sin saber qué hacer, coge uno de los vasos del desayuno que había dejado sobre la cómoda y se lo echa a la cara. SANTIAGO reacciona a tan violento estimulante.)

JUAN.- ¡Santiago, Santiago, hermano!

SANTIAGO.- Sí, sí... Perdona. No sé qué me ha pasado. (La normalidad vuelve a él.)

JUAN.- No te preocupes, Santiago.

SANTIAGO.- ¿Abriste?

JUAN.- No, voy a hacerlo.

(JUAN se dirige a la puerta y la abre con la misma cautela que si ligara al póker una jugada emocionante.)

SANTIAGO.- ¿Niño o niña?

JUAN.- Ni lo uno ni lo otro. No se ve nada.

SANTIAGO.- (Pesimista y con mal café.) Busca bien, no le hayan metido debajo del felpudo. (JUAN, tenaz en sus pesquisas, desaparece un segundo.) ¿No das con él? ¿Quién llamó entonces?

JUAN.- (Que regresa ahora y ve, de pronto, prendida sin duda a la puerta, la bufanda que SANTIAGO dejara en la cuna del niño.) ¡Ah, se resolvió el enigma!

SANTIAGO.- ¿Qué pasa?

JUAN.- (Cierra la puerta y avanza con la bufanda en la mano.) Es el señor Balboa el que llamó, muy amablemente, para devolverte esta bufanda, Santiago.

SANTIAGO.- Vaya, ¡qué detalle!

JUAN.- Y, mira por dónde, era a eso a lo que yo me refería cuando sonó el timbre. Prácticamente, ya es imposible que llevemos al niño a la Comisaría.

SANTIAGO.- ¿Y por qué?

JUAN.- ¿No te hace pensar nada la bufanda, Santiago?

SANTIAGO.- No.

JUAN.- ¿Te importa, entonces, buscar la carta que escribiste, en sustitución del disco, y que dejaste en la canastilla?

SANTIAGO.- (Que la busca, al principio a la ligera, después con nerviosismo, y siempre infructuosamente.) No está.

JUAN.- Claro que no. Se quedó con ella el señor Balboa, Santiago. ¡Demontre!

JUAN.- Y era una carta, querido hermano, en la que decías que el nombre de su portador era Santiaguito y en la que confiabas a los corazones generosos..., etc., etc. ¿Vas comprendiendo, hermano de mi corazón?

SANTIAGO.- Pero es pueril suponer que...

JUAN.- Y una carta, para colmo, no escrita a máquina, como cualquiera otra, sino de tu puño y letra, autógrafa.

SANTIAGO.- ¿Qué pretendes darme a entender? ¿Que nos compromete?

JUAN.- El adorable señor Balboa tiene, con esa carta, el sustitutivo de la partida de nacimiento del niño.

SANTIAGO.- Pero, a quien vio dejándolo en su puerta no fue a mí, sino a ti.

JUAN.- Pero la letra de la carta era tuya y no mía.

SANTIAGO.- Conclusión. Los dos hermanos Villanova padres de un niño. ¡Juan, es absurdo esto!

JUAN.- Acaso sí. Ahora bien: lo que nos pasa, claro como la luz. Mañana, si hoy no, toda la vecindad sabrá que tú y yo tenemos un niño recién nacido con nosotros. La vecindad, como es lógico, nos hará el honor de suponer que ese niño puede perfectamente ser hijo de cualquiera de los dos. Y, en consecuencia, indagará, fisgará, curioseará para enterarse de dónde proviene el crío y, sobre todo, qué hacemos con el crío.

SANTIAGO.- ¡Dios Santo!

JUAN.- En estas condiciones, ¿tú supones que podemos cogerlo en su canastilla y llevarle a la Comisaría, así, por las buenas?

SANTIAGO.- Calla, calla.

JUAN.- ¡Menuda se armaría! El descrédito por doquiera, los comentarios malintencionados, las murmuraciones de las comadres del barrio cuando pasáramos... «Esos dos hermanos tan modositos..., ¿se han enterado ustedes? Han llevado a la inclusa a una criaturita que era un ángel de Dios. ¡Canallas, dejarla sin padre después de haberla traído a este mundo!»

SANTIAGO.- Y a la oficina... ¿quién sabe si no llegaría esto a oídos del jefe? Ya sabes que su cuñada vive en la casa contigua. Y si de esto se enteran en Aduanas...

JUAN.- (En un grito, despavorido.) ¡Ay!

SANTIAGO.- ¿Qué te sucede?

JUAN.- Aduanas, Aduanas... Si es tardísimo, Santiago. hoy se paga la gratificación de Navidad. Y yo soy el habilitado. Y estarán todos esperando por mí que cobre la nómina en el Banco y se la distribuya... ¡Tengo que irme, Santiago!

SANTIAGO.- ¡Caramba!

JUAN.- No hay otro remedio.

SANTIAGO.- Y yo, ¿qué hago?

JUAN.- Pues... tienes que quedarte, cómo es natural. No vamos a dejar al niño solo.

SANTIAGO.- Bien, bien. Pero vuelve pronto, por lo que más quieras, que la soledad en estas circunstancias es terrible.

(JUAN se pone la gabardina y la bufanda, y se calza los guantes.)

JUAN.- Enseguida.

SANTIAGO.- Di, para excusarme, lo que te parezca. Es el primer día que faltó a la oficina desde hace veintidós años.

JUAN.- No te preocupes.

(Va a abrir la puerta, pero, en ese justo momento, el niño rompe a llorar.)

SANTIAGO.- ¿Qué es eso? (Como si no identificara aquellos vagidos.)

JUAN.- Eso, querido hermano, por extraño que te parezca, es el llanto de un niño.

(Se acerca a la canastilla de donde parte. Desde este momento hasta que la acción lo indique, el niño seguirá llorando con vario ardimiento. Pianísimo unas veces y fuerte otras, su llanto ser a el monótono comentario de la criatura a la conversación de los hermanos.)

JUAN.- No me sorprende, nada. Lo milagroso es que no haya empezado antes. Llevaba mucho rato callado como un muerto, el pobre... Bueno, Santiago, hasta ahora mismo.

SANTIAGO.- Juan, te lo suplico... Es espantoso para mí verme solo en esta situación.

JUAN.- Pero, Santiago, la nómina tiene sus exigencias. Date cuenta. Y ésta... es la nómina de los turrónes, del mazapán, dejas frutas escarchadas, de las lubinas... Con ella ha de pagarse la comida de mañana y el almuerzo, de Navidad...

SANTIAGO.- Sí, claro.

(En este momento, el llanto del niño alcanza un tono de dramática intensidad. Conmovido, JUAN toma una resolución a la que la mirada desoladora de SANTIAGO le incita. Se despoja de la bufanda, los guantes y la gabardina y lo tira todo de cualquier manera sobre una de las sillas y se dirige, resueltamente al niño, cada vez más alborotador.)

JUAN.- Está bien, hermoso, has dejado sin aguinaldo al Cuerpo de Aduanas.

SANTIAGO.- Gracias, Juan.

JUAN.- Bueno, vamos a ver qué se hace para que deje de llorar este angelito.

(Su llanto, dicho sea de paso, no será muy difícil de imitar por un traspunte inteligente, desde donde le coja próximo. Preferible será ese sistema a cualquier otro: el de un disco ad hoc, por ejemplo. Ah, si se tuviera a mano un ventrílocuo modesto, eso sería el colmo de la maravilla. Y siempre con la ayuda de un micrófono, entre bastidores, y un altavoz oculto bajo la mesa camilla.)

SANTIAGO.- Yo no sé.

JUAN.- Alguna gracia. ¿No imitas algún instrumento?

SANTIAGO.- No.

JUAN.- Sí, hombre, ya verás. No necesita ser muy perfecta la imitación. Yo sé la trompeta. (Simula tocar la trompeta. Halagado porque al parecer disminuye un poco la rabieta de la criatura.) ¡Fíjate cómo le gusta!... Tiene madera de músico este niño. Su padre debe ser de la Sinfónica. (Otra vez el llanto.) Hemos vuelto a las andadas.

SANTIAGO.- (Anuda sus manos por los pulgares e imita la mariposa.)

Fíjate, Santiaguito, qué mariposa... ¿Eh? ¡Cómo vuela, qué barbaridad, cómo vuela! (Desolado por su fracaso personal.) Chico, no sé qué intentar. ¡Ah, sí! Imita el loro, Juan, tú sabes hacerlo.

JUAN.- No seas bárbaro, Santiago, que le voy a meter un susto de muerte.

SANTIAGO.- ¡Qué bobada! Se te quedará petrificado, ya verás, de muestra.

JUAN.- Bajo tu responsabilidad, Santiago. Que conste. (Imita el loro, en efecto, si ése es arte que el actor posee. O cualquier otro animal, en su defecto: gallina, caballo a buey. Naturalmente, el niño rompe a llorar con mayor violencia que nunca.) ¿Ves, hermano, no te lo anuncié?

SANTIAGO.- Hombre, a mí me divertiría esa imitación, y por eso te dije...

JUAN.- ¡Oye. Santiago! (Alarmado.)

SANTIAGO.- ¿Qué sucede?

JUAN.- Este niño me parece que se ha puesto enfermo.

SANTIAGO.- ¿Por qué lo dices?

JUAN.- Se me ocurre. ¿No le encuentras muy caliente, como con temperatura?

SANTIAGO.- Tal vez...

(Le pone la mano en la frente y la retira con cómica presteza, como si se quemara.)

JUAN.- Y ese llanto...

SANTIAGO.- Sí, sí, no hay duda... Pudiera ser esa la causa... ¿Qué

haríamos?

JUAN.- Llamar al médico.

SANTIAGO.- Pues venga, no perdamos un momento.

JUAN.- Pero llévate al niño, hazme el favor. Quítale de ahí, porque no nos va a dejar tranquilos.

SANTIAGO.- Sí, sí, naturalmente.

(Coge la canastilla y hace mutis por la izquierda. JUAN se pone a buscar en la guía de teléfonos el número del doctor.)

JUAN.- Ya está... 22-46-79.

SANTIAGO.- (Sale en este momento.) ¿Qué? ¿Diste con el número?

JUAN.- Sí, sí... ¿Casa del doctor Lostau? ¿Podría hablar con él?...

De parte de los señores de Villanova, don Santiago y don Juan... (A SANTIAGO.) Van a avisarle. ¿Qué? ¿Sigue llorando, no?

SANTIAGO.- Sí, más que nunca.

JUAN.- ¡Qué bonito!... (Transición.) ¿Que no puede ponerse? ¡Ah, no, no! Es algo urgente. Dígale que necesitamos: hablar con él urgentemente... Aunque esté para marcharse, es lo mismo. (A

SANTIAGO.) Sólo nos quedaba eso, que nos dejara empantanados.

SANTIAGO.- No se me ocurre, en tal caso a qué otro médico podríamos avisar.

JUAN.- ¿Quién piensa en semejante absurdo?... ¡Ah, doctor! ¿Cómo está usted? Cuánto le agradezco su atención... Mire, doctor; necesitábamos que viniera usted a esta casa, sin pérdida de momento... No, no es nada ni de Santiago ni de mí... Es de un niño muy niño que... No, no, un hijo de una hermana nuestra... Sí, sí, teníamos una hermana, pero, ¡bah!, pequeñísima, pequeñísima. Por eso no le habíamos hablado nunca de ella. Y ahora resulta que nos ha dejado unos días al niño, mientras ella se iba a Chile, bueno, se iba y volvía, naturalmente... Y creemos que el niño se ha puesto enfermo... Y estamos muy preocupados... Ya comprenderá usted... Nuestra responsabilidad es muy grande y si usted... (Abatidísimo) Sí..., sí..., sí... (A SANTIAGO.) Que lo siente con toda el alma, pero que sale ahora para Valladolid a visitar un enfermo grave. ¡Maldita sea!.... ¡Ah, doctor! ¿Y si se pasara por aquí un segundo, aunque sólo fuera un segundo, y le reconociera?... ¿Que qué síntomas? Pues llora, llora incansablemente. Y con una angustia que parte el corazón oírle... ¿Fiebre?... No disponemos de otro termómetro que el del baño... ¿Erupción? (A SANTIAGO.) Vete en el acto a ver si tiene alguna erupción.

SANTIAGO.- ¿Por dónde?

JUAN.- Por donde sea... Perdona un momento, doctor. Ahora mismo le decimos... Y muchas, muchísimas gracias por el momento que se toma.

SANTIAGO.- (De regreso.) O no tiene nada de erupción, o es todo una erupción de la cabeza a los pies.

JUAN.- Espera, hombre. (Hace mutis por la izquierda como una flecha.)

SANTIAGO.- (Al teléfono.) Buenos días, doctor. Soy Santiago. Oiga

usted, el niño está coloradísimo, coloradísimo... Yo no sé si será de una erupción o de qué... A mí me parece que por igual...

JUAN.- (Regresa. Le habla al oído.) Díselo.

SANTIAGO.- Dice mi hermano que, sobre todo, la parte de atrás. Sí, sí... (Sin atreverse a concretar.) No, no, la espalda, no.

JUAN.- (Le arrebató el teléfono con un genio de mil diablos.)

Doctor: la criatura tiene el culito como una granada. (A su hermano.) ¿Por qué vas a andar con rodeos y a espantarte de las palabras y menos hablando con un médico, diantres? Pareces tonto.

(Transición.) ¿Cómo dice, doctor? ¡Ah, sí! Vete a ver si la respiración es normal... Y si tose... Le informaremos enseguida, doctor. ¿Y qué? ¿Qué tal va doña Eulalia? ¿Tan llanota cómo siempre? ¡Qué mano la suya para los hojaladres!...

SANTIAGO.- El angelito tose como en un estreno.

JUAN.- Parece que sí, doctor, que tose muchísimo... ¡Ajá, algo de garganta! Ya, ya... (A SANTIAGO.) La garganta, mírale a ver si la tiene irritada... Podría ser algo de garganta, ¿no? Ya ve usted, sin fumar, sin beber licores. .. Lo que es el mal. ¿Anginas? ¿Difteria? Pero eso es tremendo, ¿no? ¡Ajá! Usted cree que no será nada de importancia. Entendido, entendido.

SANTIAGO.- No hay quien le vea la garganta. Muerde.

JUAN.- (Contentísimo.) ¡Ah, sí, muy bien, muy bien!... Venga usted, venga usted, doctor... Se lo agradezco con toda el alma. ¡No sabe de qué apuros nos saca! Hasta ahora mismo. (Cuelga.) Que viene inmediatamente. (Larga pausa.)

SANTIAGO.- ¿Que se habló de difteria?

JUAN.- No, el doctor insinuó la posibilidad de que fuera difteria, pero no afirmó nada.

SANTIAGO.- Difteria... ¡Trágica palabra!

JUAN.- Sí, claro. (Nueva pausa.)

SANTIAGO.- ¿Qué edad tendría ahora Paquito, si viviera?

JUAN.- ¿Nuestro hermano? Cincuenta y nueve años tendría Paquito. Me llevaba justamente catorce.

SANTIAGO.- Ya. Murió de difteria. Creo que estarás enterado.

JUAN.- Bueno, eran otros tiempos... La Medicina no disponía de los recursos de que dispone ahora. Además, yo le oí decir a mamá que se la diagnosticaron tardíamente. Por añadidura, todo pasaba en un pueblecito de la montaña, sin medicinas casi.

SANTIAGO.- Conforme. Pero a pesar de los pesares...

JUAN.- ¡Ay, Santiago, no seas agorero, que me pones nervioso! Te advierto que empiezo a temblarte y a sospechar en ti un poder de gafancia temible.

SANTIAGO.- Bueno, bueno...

JUAN.- Si sigues así vas a acabar como aquel violinista, que de un solo golpe de arco cortaba toda la leche de Santander.

SANTIAGO.- Me callaré, si te apetece. Pero piensa, por un momento; el drama que se nos crea si ese angelito sube al cielo.

JUAN.- ¿Ya quién se le ocurre pensar en semejante monstruosidad?

SANTIAGO.- Sí, es cierto. Acaso me faltan motivos.

JUAN.- Seamos optimistas. Pensemos, al contrario; que el niño

sana... Pensemos más todavía: que esta noche nos echamos a dormir tranquilamente y que mañana, cuando nos despertamos y tú te dispones a hacerme el extracto del «Ya» y yo el del «ABC» o a la inversa, nos damos, de pronto, una palmadita en la frente y nos preguntamos el uno al otro: ¿Qué ha sido de Santiaguito? Y que nos ponemos a buscarle por la casa, de una habitación a otra; y que no lo encontramos por ninguna. Solución: que Dios ha tocado el alma de los señores de Balboa y que ese matrimonio ejemplar, lleno de virtudes maravillosas, modelo de propios y extraños, ha entrado en nuestro piso por la noche, sin que lo advirtiéramos, ha raptado -conmovedor rapto- a la criatura y se la ha llevado a su jaulita de mil quinientas pesetas, con seis balcones a la calle, y agua caliente, poblada al fin por los gorjeos de un pajarito canoro...

SANTIAGO.- Precioso.

JUAN.- ¿Qué? ¿No te seduce la perspectiva?

SANTIAGO.- Ahora mismo, sin titubear, la firmarí.

JUAN.- Pues, ¿quién sabe si no la encuentras convertida en realidad cuando menos lo esperes?

SANTIAGO.- ¡Ojalá, hermano, ojalá! (Suena el timbre de la puerta.)

JUAN.- Por de pronto, el primero de mis pronósticos empieza a cumplirse. Llega el doctor Lostau. Y a una tal velocidad que hay que imaginarse lo que la Providencia, habrá tenido que luchar con el Municipio para enviarnoslo con semejante premura.

(Se dirige a la puerta y va a abrir alocadamente. La cauta advertencia de SANTIAGO evita gesto de tamaña ligereza.)

SANTIAGO.- Mira primero.

JUAN.- (Le obedece. Absorto.) ¡Es una mujer, Santiago!

SANTIAGO.- ¿Una mujer?

JUAN.- Sí, sí..., la madre, tal vez. ¿Qué te decía yo? ¿Ves de qué sirve el ser pesimista?

SANTIAGO.- Calla, hombre. ¡Esa desalmada!...

JUAN.- Oye, ni una palabra de reproche por su actitud, ¿me entiendes? Sería estúpido que fuéramos ahora a hacerle reflexiones de moral. Sus motivos habrá tenido para conducirse, así. O sea que, punto en boca.

SANTIAGO.- De todas maneras, me ha dado tan mal rato que no sé si sabré contenerme. (Nueva llamada.) Abre, anda.

(JUAN abre la puerta. En el umbral, EMMA. Es una encantadora mujercita de veintitantos años, vestida con pulcritud y buen gusto, pero sin lujo. Lleva un abrigo grueso. para defenderse del frío que sigue fuera pegando fuerte, un gran pañuelo para protegerse la cabeza y unos cuantos copos de nieve distribuidos por su proporcionadísimo cuerpo, que no sucumbieron todavía a los efectos de la calefacción de la finca. De improviso, se vetan

inquisitorialmente observada, que titubea un punto antes de hablar.)

EMMA.- Buenos días.

JUAN.- (Con irreprimible frialdad.) Buenos días. (SANTIAGO hace una inclinación.)

EMMA.- ¿Dónde está el niño?

(SANTIAGO, con un ademán de altiva compostura, le muestra el lateral izquierdo. EMMA le mira, al pasar, un poco sorprendida, y se va por la izquierda.)

JUAN.- (Que la acompaña hasta el mutis.) En esa habitación. (Se oye llorar al niño unos segundos, aquéllos que se supone tarda la puerta en ser abierta y cerrada.) Hay dos cosas que me pregunto: Primera: ¿Por qué la madre habrá abandonado al hijo? Segunda: ¿Será posible que el padre haya abandonado a la madre?

SANTIAGO.- Eso es lo que a ti te pierde. Apenas ves una carita mona y una figurita pinturera, ya se acabó tu cordura.

JUAN.- ¿A ti no?

SANTIAGO.- Yo, en circunstancias normales, no te diré que no. Pero, cuando, como en este caso, me doy cuenta de lo que hay por debajo de esas formas, más o menos redonditas, y pienso cuánto egoísmo y cuánta relajación encubren, no soy tan indulgente como tú y me guardo mis elogios para otra oportunidad.

JUAN.- Hay que dar a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César. Su alma será de bruja, si te empeñas, pero su cuerpo, querido hermano, de porcelana fina.

SANTIAGO.- Te lo regalo.

JUAN.- En justa correspondencia, yo te regalo a ti el palacio de los Medinaceli. (Se oye el llanto del niño.) Psss...

(El llanto cesa enseguida. EMMA resurge en la lateral de su mutis.)

EMMA.- ¿Ustedes me permitirán telefonar?

(SANTIAGO, sin palabras, le señala el teléfono, igual que antes la habitación del pequeño.)

JUAN.- Debemos advertirle que el niño se encuentra un poco indispuerto.

EMMA.- ¿Usted cree?

JUAN.- Si lo vio bien, habrá podido darse cuenta de que tiene una erupción y de que tose bastante.

EMMA.- Sí, sí... (Le oye con alguna impaciencia.)

JUAN.- Acaso se trate de unas anginas o acaso de alguna complicación un poco más seria, sin que haya razones de alarma, como es lógico.



EMMA.- Ya entiendo, ya entiendo.

JUAN.- De todas formas, el doctor Lostau, de un momento a otro diagnosticará seguramente, y ya con su dictamen...

EMMA.- ¿Ustedes podrían decirme cuánto tiempo lleva el niño sin mamar?

SANTIAGO.- (Que se ha contenido difícilmente; salta, ahora, en el colmo de la exasperación.) ¿Y es usted quién viene a preguntárnoslo? Usted sabrá.

EMMA.- Por mis cuentas, un día entero.

SANTIAGO.- Pues no hay cuentas mejores que las tuyas, señora.

EMMA.- ¡Señorita!

SANTIAGO.- (Se lleva las manos a la cabeza.) Atreverse a rectificar el tratamiento en esta situación... Es inverosímil.

EMMA.- ¿A usted qué le sucede? ¿Se ha vuelto usted loco?

SANTIAGO.- Señora... o señorita..., le juro que...

JUAN.- (Temeroso de que SANTIAGO incurra en alguna violencia desagradable.) ¡Santiago!

SANTIAGO.- Hay ciertas cosas que son más fuertes que yo y que no soy capaz de sufrirlas.

JUAN.- Pues te aguantas.

EMMA.- Bueno, ¿dónde está el teléfono? ¿Se puede saber?

JUAN.- Ahí lo tiene usted, a su espalda.

(EMMA va al teléfono y marca un número.)

EMMA.- Oiga, ¿es el 22-46-79? ¡Ah, es usted, doctor! Soy la enfermera. Escúcheme... No, no es necesario que venga para nada. Lo que tiene el niño es que está sin probar alimento desde hace veinticuatro horas.

(SANTIAGO, al oír esto, cae redondo, como muerto.)

JUAN.- ¡Dios mío!...

EMMA.- (A JUAN, sin soltar el teléfono.) ¿Qué le sucede a este señor? ¿Es epiléptico?

JUAN.- Sí, es epiléptico.

EMMA.- Doctor: me encuentro frente a un caso de epilepsia. ¿Qué debo hacer?... ¿Sí?... Perfectamente. Hasta luego. (Cuelga.)

JUAN.- Vamos, hijo, vamos.

SANTIAGO.- (Recobrado parcialmente.) No es nada, no es nada..., ya pasó.

JUAN.- ¿Un poquito de agua, hijo?

SANTIAGO.- Bien, bien.

(Va por lo que queda todavía del desayuno. EMMA le toma el vaso y se lo ofrece. SANTIAGO, antes de beber, le besa la mano.)

Señorita...

EMMA.- ¡Qué extremos!...

JUAN.- La misma epilepsia, digo yo... Que le hace saltar de un estado de ánimo al contrario, ¿entiende usted?  
EMMA.- . Claro, imagínese, ¿cómo no? Venga, un sorbito. (SANTIAGO bebe sin saber adónde mirar, de avergonzado que se siente.) ¿Se encuentra mejor?  
SANTIAGO.- Sí, sí, muchas gracias. (Le besa la mano, de nuevo.) ¿Usted me dispensará, verdad?  
JUAN.- Antes no sabía lo que decía. Ahora empieza a recordar.  
EMMA.- Ya comprendo. Perdonado, señor, perdonado.  
SANTIAGO.- Yo la llamaba señora, no sé por qué... Porque, verdaderamente, usted tiene todo el aire de una señorita.  
EMMA.- ¡Bah, no se preocupe! Es tan frecuente confundir a una casada con una soltera...  
SANTIAGO.- ¡Qué simpática! ¿Verdad, Juan?  
JUAN.- Encantadora, ya te lo dije.  
SANTIAGO.- Dejen que me levante.

(Se levanta, y para desentumecerse hace algunas cómicas flexiones, a espaldas de EMMA y JUAN.)

EMMA.- (A JUAN, tratando de adivinar en qué época empezaron los trastornos de SANTIAGO.) ¿Desde cuándo?...  
JUAN.- De toda la vida.  
EMMA.- ¿Meningitis?  
JUAN.- No, que se le cayó al ama. Un caso de alcoholismo.  
EMMA.- ¿De alcoholismo del ama?  
JUAN.- No, no, de alcoholismo infantil.  
EMMA.- ¡Qué precocidad!  
JUAN.- No tiene usted idea.  
EMMA.- Bien. ¿Y la madre?  
JUAN.- ¿Qué madre?  
EMMA.- La del niño.  
JUAN.- ¡Ah, eso ya es harina de otro costal!  
SANTIAGO.- ¡Bueno!  
JUAN.- ¿Te has recobrado por completo?  
SANTIAGO.- Sí, sí...  
EMMA.- Nos alegramos mucho.  
SANTIAGO.- O sea que usted es...  
EMMA.- Soy la ayudante del doctor Lostau. (SANTIAGO le besa la mano, siempre en gran caballero.) El doctor estaba decidido a venir a ver al niño si el caso hubiera valido la pena. Aun a costa de suspender su viaje.  
JUAN.- ¡Es estupendo don Jaime!  
EMMA.- Pero como los datos que suministraban ustedes de la dolencia del niño eran tan imprecisos y yo me encontraba en la casa de al lado atendiendo a uno; de sus clientes, me rogó que me trasladara aquí y que le diera mi impresión por teléfono para obrar en consecuencia.  
SANTIAGO.- Ya...

EMMA.- Y si me oyeron hablar con él, habrán comprendido que la enfermedad de la criatura es de las que tienen curación más fácil.

SANTIAGO.- Cierto.

EMMA.- O sea, que venga la madre, que le dé de comer al niño y, automáticamente, recobrará la salud. Se le pasará eso que han inventado ustedes de las erupciones y que, por cierto, no es si no falta de aseo, ese otro invento de la tos y el de la garganta, en la que no hay ni sombra de anginas ni de difteria. ¿Comprendido?

JUAN.- O sea que... teta a todo pasto, ¿verdad?

EMMA.- Hombre, a todo pasto no. Cada tres horas.

(SANTIAGO consulta, inquietísimo, con la mirada al reloj y a JUAN.)

JUAN.- Ya.

EMMA.- ¿Podría hablar con la madre? Yo le explicaría...

JUAN.- ¡Ja! Hablar con la madre...

EMMA.- ¿Está en la clínica todavía?

JUAN.- Verá usted...

EMMA.- ¿Qué tiempo tiene el niño? A mí me parece que diez o doce días.

JUAN.- Mire si es curioso el caso es que no lo sabemos.

EMMA.- ¡Caramba!

JUAN.- Conste que yo le calculo, aproximadamente lo mismo. A la quincena no llega, desde luego.

EMMA.- Bien seguro puede estar de eso. ¿Le pasa algo a la madre? Díganmelo con confianza.

JUAN.- No, no...

EMMA.- ¿No se encuentra en condiciones de alimentara su hijito?

JUAN.- Voy a serle sincero, señorita. No.

EMMA.- ¡Qué contrariedad!

JUAN.- ¿Por qué?

EMMA.- Porque la leche de la madre es convenientísima, en estas primeras fechas, para el crío.

JUAN.- Ya, eso pienso yo, pero...

EMMA.- ¿Una mastitis?

SANTIAGO.- Justo, eso mismo.

JUAN.- Mire que es mala suerte, ¿eh?

EMMA.- Sí, bastante mala.

JUAN.- ¡Qué quiere usted! Yo ya se lo venía diciendo a la madre: Cuidado, mucho cuidado, que de una mastitis te va a ser difícil librarte. Y... ayer, a las tres y cuarto... ¡Paf, la mastitis!

EMMA.- Pobre criatura. Y, desde entonces, ¿sin tomar nada?

JUAN.- Justo.

EMMA.- Es lo que había supuesto yo.

JUAN.- ¿Qué escapará a su mirada de águila, señorita?

EMMA.- Bueno..., pues hay que buscar sustitutivos.

JUAN.- (Mira a SANTIAGO, inquieto.) ¿Cuáles? Una madre no los tiene.

EMMA.- No, yo me refiero a la leche de la madre.

JUAN.- ¡Ah! La leche, sí, es distinto.  
EMMA.- Hace falta bajar a la farmacia, comprar un bote, y listo.  
JUAN.- ¿Un bote? (Levísima pausa.) ¿De qué?  
EMMA.- . De leche en polvo.  
JUAN.- ¡Ajá! Hay vacas de arena.  
EMMA.- Que la madre se lo prepare y adelante.  
JUAN.- Dígame. Por curiosidad. ¿Cómo se prepara?  
EMMA.- Es muy sencillo. Se toman dos cucharadas de polvo, cuatro de agua hervida, se mezclan y colorín colorado.  
JUAN.- Entonces, la leche ¿lleva agua siempre, no?  
EMMA.- Ésta, sí.  
JUAN.- La otra también, señorita.  
EMMA.- (Se ríe gentilmente.) Tiene usted razón.  
JUAN.- Pues, ya sabes, Santiago, vete a la farmacia y pide un bote.  
SANTIAGO.- (Abstraído.) Sí...  
JUAN.- ¿Qué te sucede?  
SANTIAGO.- Nada, nada.  
EMMA.- Son las reliquias del ataque, sin duda. Yo me voy. Si usted gusta, le acompaño. Hay leche de varias marcas y le elegiré la mejor.  
SANTIAGO.- Con mucho gusto, señorita.

(Se pone perezosamente la gabardina, la bufanda y el sombrero.)

EMMA.- Encantada de saludarle y confío en que no nos necesiten más.  
JUAN.- Escúcheme, señorita. (Enigmático.) Y si la madre no puede alimentar al niño, por lo que sea, ¿qué es mejor para él? ¿La leche en polvo o la leche de otra mujer, aunque no sea su madre?  
EMMA.- La de otra mujer, si es de buena salud.  
SANTIAGO.- ¿Por qué haces esa pregunta, Juan?  
JUAN.- Por nada.  
EMMA.- ¿Tienen ustedes alguna conocida que se preste?  
JUAN.- Vamos, no sé. Es cosa de buscarla. (Enigmático.) Tal vez la haya.  
EMMA.- . Harían bien. Se lo aconsejo. (A SANTIAGO.) ¿Andando?  
SANTIAGO.- Andando.

(Abre la puerta.)

EMMA.- Buenos días.  
JUAN.- Buenos días.

(SANTIAGO cierra la puerta, decidido. Se despoja, violentísimo, como si de verdad fuera epiléptico, de la gabardina y del sombrero.)

SANTIAGO.- ¡¡Basta!! ¡¡Esto no puede continuar así!!  
EMMA.- ¡Ay!

(Busca instintivamente, asustadísima, la protección de JUAN.)

SANTIAGO.- Señorita, todo esto es una farsa. Le estamos mintiendo a usted. No sabemos quién es la madre del niño ni el padre tampoco. Nos le han dejado hace hora y media en la puerta y, cuando íbamos a desembarazarnos de él, creímos que enfermaba y aplazamos, hasta que mejorase, la ejecución de nuestros proyectos.

EMMA.- ¿Cuáles?

SANTIAGO.- Entregar el niño a la institución benéfica que le corresponda y lavarnos las manos.

EMMA.- ¿Es cierto eso?

JUAN.- Como es de día.

EMMA.- ¿Van ustedes a llevar el niño a la Inclusa?

JUAN.- Bueno, habría que hablar mucho sobre el caso.

EMMA.- ¿Están ustedes casados?

JUAN.- No, solteros.

EMMA.- ¿Tienen ustedes parientes que atender?

JUAN.- No.

EMMA.- ¿Solos en el mundo?

JUAN.- Sí.

EMMA.- ¿Ganan lo bastante para vivir, claro?

SANTIAGO.- Ése es un concepto muy vago, señorita... Somos funcionarios de Aduanas. No podemos hacerle declaraciones más extensas sobre nuestros medios de fortuna.

EMMA.- (Habla sin latiguillos, sin alardes mitinescos, como si se dirigiera a su inteligencia, antes que a su corazón.) Ustedes, claro, no conocen a mi tía Carolina. (Gesto impreciso por parte de ambos hermanos.) Mi tía, Carolina Abellán, pertenece a la junta de Saneamiento de Suburbios, a la de Protectores de Orfanatos Civiles, a la de Represión de Mendicidad y a la de Amparo de Indigentes, entre otras. Si ella estuviera en mi caso les colocaría un discurso elocuentísimo. Les hablaría de cuáles son los deberes de las clases acomodadas respecto de las menesterosas y de cómo no hay derecho a encogerse de hombros ante el dolor ajeno. Hasta es posible que, aprovechándose de que mañana es Nochebuena, y de que, por añadidura, ha nevado, les enajenara a ustedes un párrafo precioso capaz de hacer llorar a las piedras.

SANTIAGO.- Mire usted, señorita. Nosotros respetamos mucho a su tía Carolina y estamos dispuestos a creer que habla mejor que don Esteban Bilbao. Pero es que, resucita Castelar empeñado en que nos quedemos con la criatura y, sintiéndolo mucho, tenemos que decirle que no.

EMMA.- Naturalmente, a ustedes todo eso de la Nochebuena y de la nieve y de los menesterosos les sale por una friolera. Lo que ustedes desean es sacudirse al crío cuanto antes.

JUAN.- Caramba, tanto como eso, no...

EMMA.- Sí, sí. No se excuse usted. Si no tiene nada de particular. No hay ningún código que les castigue por esto. De cien hombres, noventa seguirían su mismo camino. Ahora, permítanme a mí, que estoy

más en la realidad que mi tía Carolina, hacerles unas reflexiones un poco diferentes.

SANTIAGO.- Señorita...

JUAN.- Calla, Santiago, déjala que hable.

EMMA.- Ustedes pueden coger al crío éste de una oreja y depositarle en el juzgado, en el asilo o en el torno que les dé más rabia. Hoy por hoy, se quitarían un peso de encima. Ahora bien, ¿están ustedes seguros de no arrepentirse mañana? Por muy avenidos que vivan ustedes, alguno de los dos ha de faltar un día. (Ambos, supersticiosísimos, tocan madera.) ¿Qué les parece si el otro contara para entonces con un chaval fuerte y sano que le hiciera compañía y que le quisiera como a su padre?

SANTIAGO.- Mire usted, señorita...

EMMA.- Y sin esperar que pase tanto tiempo... Díganme, en confianza: ¿Ustedes no encuentran la vida vacía? ¿No se aburren un poquito? ¿Qué hacen ustedes toda la tarde y toda la noche?

SANTIAGO.- Tenemos una tertulia en La Elipa, donde siempre se ríe uno, y vamos con mucha frecuencia al Proyecciones. Ah, y jugamos al dominó muchísimo.

EMMA.- Habrase visto... Y tan contentos, ¿eh?

JUAN.- Nuestras aspiraciones son modestas, señorita.

EMMA.- Si ustedes se quedaran con el chiquillo, todo tomaría un aire distinto. Se sentirían estimulados, más valientes para la lucha y con más ánimos para vivir.

SANTIAGO.- No, si ánimos no crea usted que nos faltan... Pero, claro, lo del niño, pues, francamente, no nos seduce nada.

EMMA.- En fin, ya, veo que mis argumentos les convencen igual que los de mi tía Carolina.

JUAN.- No lo tome, usted a desaire. De buena gana la complaceremos en la primera ocasión, pero, claro, un recién nacido... Si usted tuviera otro género que ofrecernos.

EMMA.- ¿Cómo otro género? ¿Qué quieren ustedes que les dejen detrás de las puertas? ¿Vicetiples de dieciocho primaveras? (Los dos hermanos se miran, un poco avergonzados.) Vaya, dispéñenme. Aun he de trabajar mucho antes del almuerzo. Buenos días. (Y abre la puerta y hace mutis, fulminante.)

JUAN.- ¡Qué bestia soy! ¡Qué barbaridad he dicho!... (Se siente abrumado.)

SANTIAGO.- Déjalo, no te preocupes.

JUAN.- (Reacciona.) Bueno, Santiago, hay que dar cara a los hechos. La presencia del niño aquí nos obliga a tomar resoluciones inmediatas. Programa para hoy: A) Pedir socorro por teléfono.

SANTIAGO.- ¿A quién, Juan?

JUAN.- A Engracia Martínez, amor mío de ayer, madre lactante de hoy, en el Hotel Capitol.

SANTIAGO.- ¿Supones que...?

JUAN.- Con probar nada se pierde. B) Si falla, comprar leche en polvo. C) Reunirnos en asamblea deliberante y decidir si nuestro inesperado huésped ha de llamarse en el siglo Santiaguito Expósito o Santiaguito Villanova y Villanova. Paso a ejecutar nuestro programa.

(Se dirige al teléfono y marca un número, mientras rápidamente cae el telón.)

### Acto III

La misma escena. Ha pasado una hora escasa desde que concluyó el acto anterior.

En escena se encuentran de nuevo, en traje de casa, SANTIAGO y JUAN. El niño entre ambos, como al comienzo del acto segundo.

JUAN.- ¿Viste? Mano de santo.

SANTIAGO.- Es verdad.

JUAN.- Duerme como un lirón.

SANTIAGO.- Falta le hacía al pobre.

JUAN.- Según la ayudante del doctor Lostau no era enfermedad grave lo que padecía, ¡caramba! Y es de las que te llevan al sepulcro en dos semanas.

SANTIAGO.- Quería dar a entender que tenía remedio fácil.

JUAN.- Pues tampoco es cierto. Hambre, se llamaba su dolencia.

SANTIAGO.- Hambritis, podríamos llamarla.

JUAN.- Hambroma.

SANTIAGO.- Como gustes.

JUAN.- He llegado a la conclusión de que las enfermedades que terminan en «oma» son mucho más graves que las que terminan en «itis». Apendicitis, gastritis, estomatitis... ¡Bah!

Insignificancias. En cambio: sarcoma, glaucoma, coma, no quieras tú saber...

SANTIAGO.- Llámala a tu gusto.

JUAN.- Y la hambroma es una de las enfermedades peores del mundo y de las más difundidas: Como que es epidémica. Ataca a cuantos disponen de menos recursos que apetito. Sus primeras manifestaciones, en el período inicial, son inofensivas y se reducen a hacer bostezar al paciente, con frecuencia, y a producirle flojedad en las piernas. En lo que pudiéramos llamar período secundario, lleva a robar carteras y a asaltar bancos. El enfermo, en período terciario, atenta contra las instituciones, derriba tronos si hace falta y se lía a tiros con su padre.

SANTIAGO.- Profilaxis: pan, huevos, pescado y carne.

JUAN.- Despáchese con la mayor frecuencia posible. (Se dirige al niño.) ¿Tú estabas dispuesto a la revolución social? Pobre crío. En fin, se le ha dado de comer y hay un anarquista menos. Análogo tratamiento ha tenido el mismo éxito, más de una vez con las personas mayores.

SANTIAGO.- Habrá que apuntar la hora... en que vino Engracia.

JUAN.- ¿Me prometes contestar sinceramente a una pregunta que te quiero hacer?

SANTIAGO.- Bueno.

JUAN.- De verdad, ¿qué te pareció Engracia?

SANTIAGO.- Hombre, muy simpática.

JUAN.- Estupenda, ¿no? ¡Mira que la papeleta era de aúpa!... Y, oye, ni vaciló un momento, ¿sabes? Dejó todo lo que tenía entre manos, que vete tú a saber lo que era, tomó un taxi y, a los pocos minutos, del Capitol aquí.

SANTIAGO.- Se ha desarrollado mucho. Antes era esmirriadita.

JUAN.- Sí, sí, esmirriadita... ¡Caray! Hoy es una matrona.

SANTIAGO.- (Que se deja traicionar por su secreto amor alas matronas.) ¡Como se debe ser! (JUAN le mira, sorprendido de este descubrimiento.) Que ya está uno muy hartito de figurines. Hollywood nos ha robado el placer de vivir.

JUAN.- Engracia se ofreció a volver... Pero a mí me parece que, realmente, eso sería abusivo.

SANTIAGO.- ¿Para cuánto tendrá carga esta criaturita?

JUAN.- Chico, no sé cuál será su radio de acción... Tres horitas, creo yo que están garantizadas.

SANTIAGO.- Después, ya se verá.

JUAN.- (Melancólico.) Lo que vimos, seguramente no lo volveremos a ver.

SANTIAGO.- Seguramente.

JUAN.- Con qué desenvoltura le dio el pecho, ¿eh? Oye, y lo que más me asombra, con qué castidad, ¿te acuerdas? (Simula, sobria, fina, graciosamente, ese característico movimiento de la mujer cuando se desabotona la blusa, se saca el pecho y se lo ofrece al niño.) ¡Y qué perfección! ¿Eh, Santiago? Qué blancura y qué curvas... Y Santiaguito, pif, pif, pif... (Le imita el mamar. Al niño.)

Empiezas bien, muchacho. Si continúas así te espera una carrera triunfal. Tu primer almuerzo ha sido en el jockey.

SANTIAGO.- Escucha, hermano. Morigera tus entusiasmos.

JUAN.- Hombre, morigera... Para que me hagas reproches por emplear palabras pedantes.

SANTIAGO.- He querido decir que te moderes y que no evoques, tan a lo vivo, esa escena embriagadora.

JUAN.- Bien. Ya me callo.

SANTIAGO.- Y, si te parece, cumplimentemos la segunda parte del programa, tomemos una decisión.

JUAN.- Santiago, nos ronda un peligro muy serio. La esclerosis, no de las arterias, sino del espíritu: ¡El egoísmo! Vamos rompiendo amarras, poco a poco, con cuanto puede movernos a generosidad y a llenarnos de emoción el alma. Para saber qué porcentaje de obra



muerta llevamos en este cuerpo que sube, baja, piensa, ríe o se aburre, no hay sino preguntarnos: ¿Por quién seríamos capaces de una transfusión de sangre, si fuera necesaria?

SANTIAGO.- Yo por ti, Juan.

JUAN.- Y yo por ti, Santiago. Pero por nadie más. Hay dos mil millones de seres repartidos en el mundo para que se comuniquen, se ayuden y se amen. Y de esos dos mil millones resulta que tú amas a uno y yo a otro. La proporción no puede ser menor. Hasta hace poco existía nuestra madre. Hoy, hemos quedado tú y yo, frente a frente. O cambiamos, Santiago, o estamos perdidos.

SANTIAGO.- Pero, hermano...

JUAN.- Hay que ahorrar el corazón. Meter cosas y sueños y personas dentro de su tejido maravilloso, para que el corazón no se empequeñezca o se acorche y se nos quede inútil. Una mujer es, acaso, pieza demasiado grande y complicada y ya no cabe en él, pero un niño, Santiago, un niño sí.

SANTIAGO.- Date cuenta de lo que esto significa, Juan.

JUAN.- Porque me doy cuenta te lo pido, Santiago.

SANTIAGO.- Basta, Juan, no hablemos más. ¿Nos quedamos con el niño?

JUAN.- Claro que nos quedamos con el niño. ¡Y yo que comer la ingratitud de hablar mal de los señores de Balboa! De esos querubines gracias a los cuales mi día de hoy es no sólo distinto, que ya significa mucho, sino mejor que el de ayer. ¡Vivan las barbas, los bastones con puños de marfil y las migas de pan que da a sus palomas el señor! ¡Y hurra, que es grito de marinero, por el mascarón de proa de la señora!

SANTIAGO.- Cállate, hombre, que se me saltan las lágrimas.

JUAN.- Pues claro, ¿no se te han de saltar? Pero, ¿sabes por qué? Porque tú, igual que yo, notas que hay algo en el aire que nos sonrío, que aprueba lo que hemos decidido y que nos felicita, en suma. Y ese algo es lo que queda, todavía, en la tierra, de nuestra madre, que, después de veinte años de reñirnos porque volvíamos de madrugada, porque descuidábamos la misa de los domingos, porque dejábamos pasar estérilmente la edad en la que aún estábamos en sazón de formar una familia nueva que sucediera a la suya, se nos acerca al oído, disuelta en este sol de nieve, en este calor de la casa que, no sé por qué, se nos ha hecho más tibio que el de costumbre, en la luz de esta mañana de diciembre, y nos dice, a ti y a mí: ¡No desmentís mi sangre! ¡Qué orgullosa me siento de vosotros! ¿Lo comprendes, hermano, lo comprendes?

(Se abrazan los dos, conmovidos.)

SANTIAGO.- Bueno. Hay que ver a qué gastos nos va a obligar la criatura.

JUAN.- A los que sean, Santiago. Yo renuncio a la Gámez.

SANTIAGO.- Hay que tomar un ama, lo primero, como es natural.

JUAN.- Evidentemente.

SANTIAGO.- Oye, ¿tú crees que estamos muy obligados con Fermín para eso del regalo? A mí me parece que con invitarle una noche a comer a los dos cumplimos.

JUAN.- Bueno, cítale en Riesgo el viernes.

SANTIAGO.- ¿Y por qué en Riesgo? Los llevamos, con la disculpa de que mejor es un sitio típico, a la Arrumbambaya y quedamos de maravilla, ya verás, por la tercera parte del dinero.

JUAN.- Allá tú, hormiguita de la casa.

SANTIAGO.- ¿Qué calculas que puede costar un ama?

JUAN.- No tengo ni idea.

SANTIAGO.- Es que me faltan datos..., puntos de referencia..

JUAN.- Hombre, eso no. Por ejemplo, ¿qué vale un litro de leche?

SANTIAGO.- Cuatro pesetas, según las cuentas de Martina.

JUAN.- ¿Y qué puede necesitar el niño? ¿Un litro diario?

SANTIAGO.- Supongo yo.

JUAN.- Pon treinta duros al mes.

SANTIAGO.- No te olvides que en nuestro caso tenemos que alimentar la vaca.

JUAN.- Ya...

SANTIAGO.- Y que la vaca, pues, seguramente querrá ayudar a los hermanitos pequeños que dejó en el Valle de Pas... y comprarse unas medias de vez en cuando, y hasta ir al folklore alguna noche, porque a todas las vacas les vuelve locas el folklore.

JUAN.- Claro, claro... Pues no sé, calcula setecientas u ochocientas pesetas...

SANTIAGO.- ¿Tanto? Si eso es lo que gana; si te descuidas, Jacinto Menéndez, que está en la aduana de Fuentes de Oñoro.

JUAN.- (Mira en torno suyo, temeroso, de ser escuchado.) Pero, querido hermano, ahora que no nos oye don Aníbal, ¿es que tú crees que un ama es mucho más útil a la sociedad que Jacinto Menéndez? (Le imita en el acto de registrar unos imaginarios equipajes.) «A ver, a ver... ¿Sólo ropa usada? ¿Cigarrillos, licores gire declarar? ¿Qué lleva este paquete?» Confesémoslo, Santiago: fruslerías... Y antipáticas de cumplir, aunque Jacinto les eche toda la simpatía del mundo. En cambio, un ama... ¡Caramba, que se dice pronto! Y no creas que es que yo haga de menos a nuestro Cuerpo, nada de eso. Que para mí un ama es más importante que un Delegado de Hacienda. ¡Y hay qué ver lo que es un Delegado de Hacienda!

SANTIAGO.- No, no, si tienes razón. Y más importante que un Director General.

JUAN.- (Como un frío tasador.) Qué quieres, eso ya no se... ¡Demonio!... Un Director General... Tal vez exageremos... Bueno, allá, allá se andarán.

SANTIAGO.- Total, hermano, hay que rehacer el presupuesto de arriba a abajo.

JUAN.- Se rehace. No te olvides, por añadidura, que, cada hijo, trae su pan debajo del brazo.

SANTIAGO.- Cada hijo, Juan, pero éste no lo es nuestro.

JUAN.- Y si Dios se lo pone al mandarle a la vida, para que pese menos a sus padres que están obligados a quererle, a nosotros, que

le vamos a querer sin obligación alguna, ¿crees que nos dejará sin ración?

SANTIAGO.- Realmente es muy poco probable, hermano.

(Suena el timbre, JUAN abre la puerta sin preocupaciones, como si ya no temiera ninguna amenaza de ella, EMMA aparece en el umbral.)

JUAN.- ¡Caramba, inesperada visita

(EMMA avanza unos pasos, ve al niño en la canastilla, le coge en los brazos y se dispone a marcharse a la calle. El estupor de los dos hermanos arete la actitud de EMMA es enorme.)

EMMA.- Vaya... Enhorabuena.

SANTIAGO.- ¿A dónde va usted?

JUAN.- ¿Qué significa esto?

EMMA.- Supongo que les causo una alegría extraordinaria. Me llevo al niño.

JUAN.- (Con mesura y decisión.) Perdón, señorita. Vayamos por partes. ¿Le importa, primeramente, dejar donde estaba al señor Villanova junior?

(Y, sin esperar su conformidad, le arranca, con cierta vehemencia, la canastilla, y se la entrega a SANTIAGO.)

Y mientras el señor Villanova junior se retira a sus habitaciones particulares...

(Le hace un ademán a SANTIAGO, que se va por la izquierda, y al que se le oye cerrar la puerta tras sí. Inmediatamente vuelve a escena.)

...¿quiere usted explicarnos qué es eso de que se lo lleva?

EMMA.- Me parece que la cosa está clarísima. Desde ahora mismo el niño pasa a las manos de quienes han de hacerse cargo de él.

JUAN.- (Con un punto de emoción.) ¿Apareció la madre?

EMMA.- No.

JUAN.- (Aliviados sin que él mismo se dé cuenta.) Bien. Y si la madre no apareció, ¿quién reclama al niño?

EMMA.- Al salir de esta casa, hace una hora, me di perfecta cuenta de lo gravoso que iba a ser para ustedes este chiquillo. Pienso que estuve un poco dura y les suplicó que me dispensen.

SANTIAGO.- No se preocupe, señorita, por eso.

EMMA.- Mientras bajaba las escaleras, iba pensando en todo lo que les había dicho y dándole vueltas al asunto, y entonces se me ocurrió que acaso lo que fuera motivo de engorro para ustedes podría serlo de alegría para otros. Y me fui a visitarles.

SANTIAGO.- ¿A quiénes?

EMMA.- A los otros. A los señores de Fernández Roig. Muy buena gente... Él está casado en segundas nupcias. Tuvo del primer matrimonio seis chicos y del segundo siete, y como andaba muy molesto por el número, que él es supersticiosísimo, recogió uno de esos niños austríacos que han venido a España, para no ser trece sino catorce.

SANTIAGO.- ¿Y a esa puerta ha ido usted a llamar con el número quince?

EMMA.- Sí, así lo he hecho. Y con un éxito total. Mi experiencia no me engaña y yo sé que esos son los hogares más asequibles siempre a la caridad con los de fuera.

SANTIAGO.- Total, que han admitido al niño en ese Instituto.

EMMA.- Así es. Y aun le diré que otro matrimonio, el de los señores de Robles, que no sé cómo se ha enterado de lo que sucede, está en este justo momento disputándose a los Fernández Roig por teléfono. Mire usted, mi profesión me fuerza a andar la mayor parte del día entre miseria y viendo solamente lo que tenemos de animalitos; pero yo le aseguro a usted que, si por suerte hubiera un cruce que me permitiera seguir esa conversación, me sentiría orgullosa de nuestra condición humana.

JUAN.- Señorita: se va usted a poner loca de contento, y hasta temo que, después de escucharnos, se forje usted una visión idílica de la vida y crea que todo el monte es orégano. Mucho cuidado con deducir consecuencias equivocadas. Pero sepa usted que ni al Instituto Fernández Roig, como le llama mi hermano, ni al del Cardenal Cisneros, permitimos nosotros que se lleve usted al niño. Reunidos «los dos grandes», aquí don Santiago y don Juan, hemos resuelto que el pequeño continúe, per secula secolorum, bajo nuestro techo.

SANTIAGO.- A propósito, señorita: ¿cuánto cuesta alquilar un ama?

EMMA.- (Se ríe.) Buscaremos una a precio de fin de temporada.

JUAN.- Tiene usted una risa encantadora, señorita.

EMMA.- Emma es mi nombre.

JUAN.- Pues sí, da gusto oírle reír, palabra. Sobre todo después del tiempo que llevamos con las caras largas, señorita Emma.

EMMA.- ¿Están resueltos, verdaderamente, a quedarse con el niño? ¡Ah! Pues entonces yo les ayudaré en cuanto pueda y ya verán cómo no resulta la tarea demasiado pesada.

JUAN.- ¿Qué hará usted para ayudarnos?

EMMA.- En primer lugar, decir a cuantos se pongan en mi camino que nunca ha habido dos hermanos tan nobles y tan buenos, que son ustedes dos santos de vacaciones en la Tierra.

JUAN.- Largas, a ser posible, ¿eh, señorita?

EMMA.- Y, después, colocarles bajo mi protección profesional.

JUAN.- ¡Qué maravilla! ¿Oyes esto, Santiago?

SANTIAGO.- ¡Ya lo creo!

EMMA.- Así se les relevará de todas las pequeñas servidumbres de la paternidad. Aspiro a que los pañales, el talco, los biberones y el hule sean siempre, para ustedes, términos tan vagos como lo han sido hasta ahora.

JUAN.- ¡Magnífico!... Y oiga usted, el niño ¿qué le parece?

EMMA.- Muy guapito el pobre.  
JUAN.- Y muy grande para su tiempo, ¿no?  
EMMA.- Como no sé cuál es...  
JUAN.- A pesar de eso. Fuerte, ¿no?  
EMMA.- ¡Ah, sí, sí! Normal.  
JUAN.- ¿Normal nada más?  
EMMA.- Si usted anduviera por mi mundo se daría cuenta del valor que tiene poder decir de alguien eso, que es normal. Tanta desdicha manda la vida, que hay ocasiones en las que lo normal me parece que pasa a ser anormal y a la inversa. ¿Sabe usted? (Le pregunta, sin palabras, su nombre.)  
JUAN.- Yo me llamo Juan. Mi hermano, Santiago. Es un nombre mucho más feo, se nota a simple vista.  
EMMA.- ¿Sabe usted, don Juan?...  
JUAN.- No, doña Emma.  
EMMA.- (Se ríe.) ¿Sabe usted, Juan, la oración que rezaba mi padre todas las noches? No decía sino esto: «Demos gracias a la Providencia que nos hizo normales».  
JUAN.- Es una oración que no la puede rezar nuestro jefe.  
EMMA.- ¡Qué malo...! Bueno, yo traía todo lo necesario para que mamara el niño.  
JUAN.- ¿Qué es lo necesario, a su juicio?  
EMMA.- (Sin entender o sin dar a entender que entiende.) Un biberón.  
JUAN.- (Lo coge y lo mira con curiosidad y un poco despreciativamente. Piensa, sin poderlo evitar, en Engracia.) Está visto que el hombre, cuando se pone a imitar a la Naturaleza, hace el ridículo siempre.  
EMMA.- Voy a dárselo.  
JUAN.- Oiga usted, Emma. Le prevengo que el niño ha sido ya alimentado a conciencia, hace treinta minutos escasos.  
EMMA.- ¿Ah, sí? ¿Fueron a buscar la leche?  
JUAN.- No. Conseguimos que nos la sirvieran a domicilio.  
EMMA.- ¡Caramba, qué influyentes!  
JUAN.- Somos así los de Aduanas.  
SANTIAGO.- ¿No cree usted que convendría esperar un poco?  
EMMA.- Sí, sí. ¿Quién lo duda? Antes de tres horas no hay necesidad de repetir la alimentación. Voy a hacerles un plan, ¿quieren?  
SANTIAGO.- ¡Ah, sí, sí, encantados!  
EMMA.- ¿Tienen ustedes un papel?  
SANTIAGO.- Claro que sí.

(Lo saca del cajón de la cómoda. JUAN le ofrece la estilográfica.)

EMMA.- Vamos a ver, ¿a qué hora tomó la leche?

(EMMA se va sentado. JUAN y SANTIAGO están de pie, a sus espaldas.)

SANTIAGO.- A las doce.

EMMA.- ¿Qué cantidad de leche tomó?

(Los dos que no esperaban esa pregunta, se miran sorprendidísimos.)

JUAN.- Pues...

EMMA.- ¿No la midieron ustedes?

JUAN.- No, la verdad.

EMMA.- Debieron haberla medido.

SANTIAGO.- Ya sé lo advertí a Juan.

EMMA.- Pero, ¿como cuánto sería? ¿Como esto? (Les muestra el biberón.)

JUAN.- ¡Mucho más!

SANTIAGO.- (Simultáneamente.) ¡Mucho menos!

EMMA.- ¿En qué quedamos?

JUAN.- Mire usted, Emma..., ¿podría telefonar al Capitol?

EMMA.- (Sin comprender el motivo de su llamada.) No necesitan mi permiso... ¡Ah, pero es para esto! ¡Por Dios, qué chiquillada! No hace falta. Enséñenme el recipiente.

JUAN.- Es que lo tenemos en el Capitol.

EMMA.- Entonces no vale la pena de que se molesten. Miren, hagamos otra cosa. Si el niño sigue sin llorar, a las dos, y si llora, cuando lllore, le dan ustedes este biberón. ¿Comprendido?

SANTIAGO.- Ya.

EMMA.- Y otro a las cinco, y así cada tres horas.

SANTIAGO.- Muy bien.

EMMA.- El niño necesitará alguna ropa.

JUAN.- Hablaremos con el sastre.

EMMA.- ¿Cómo el sastre?

JUAN.- ¡Ah, bueno, claro! He dicho una tontería.

EMMA.- Me preocuparé de traerle un par de muditas del depósito de los Fernández Roig.

JUAN.- Entonces, ¿volverá usted por aquí?

EMMA.- Sí, sí, desde luego. Y si no viniera yo, vendría mi hermana.

EMMA.- (Como si se le descubriera un mundo nuevo.) ¡Ah! ¿Tiene usted una hermana?

EMMA.- Sí.

SANTIAGO.- ¿Menor que usted?

JUAN.- (En gran caballero.) Menor, no es posible, Santiago.

EMMA.- Mayor, tampoco lo es.

SANTIAGO.- ¡Caramba!

EMMA.- Somos gemelas.

SANTIAGO.- ¡No diga!

EMMA.- E iguales, hasta el punto que ni se lo imagina.

SANTIAGO.- ¡Qué curioso!

EMMA.- ¿Ven ustedes este lunar?

(Se lo muestra en la mejilla que mejor le siente.)

JUAN.- No vemos otra cosa desde hace media hora, señorita.  
EMMA.- Es falso, de quita y pon. Lo llevo para distinguirnos. Sin él se nos confundiría fácilmente. Nuestro padre decía que yo era la pinta.  
SANTIAGO.- Y su hermana, ¿es enfermera también?  
EMMA.- Sí, trabajamos juntas.  
SANTIAGO.- Venga con ella.  
EMMA.- Si está libre, desde luego: Le gustaría mucho conocer al chiquillo. Bueno, renuncio a escribirles el plan ahora. Se lo traeré muy detallado, después.  
SANTIAGO.- Perfecto. Y en caso de que no pudiera traérmolo, nos lo manda con su hermana.  
EMMA.- No se preocupe. Miraré al chiquillo por si necesita algo.  
SANTIAGO.- Ahí lo tiene. (EMMA hace mutis por la izquierda. Los dos se miran.) ¿Qué te parece?  
JUAN.- Su voz no se muere nunca, ¿te fijas, Santiago? No la oímos, pero suena aún. Su sonrisa ha perfumado esta casa para los próximos cinco años...  
SANTIAGO.- ¿Será cierto lo que dice de la hermana, que sólo se distingue de ella por el lunar?  
JUAN.- Si es así, qué placer verlas juntas, andando, iguales, como dos versos. ¡Ay, si no estuviéramos clausurados hermano mío! Mejor dicho, para no engañarnos... Si la vida no nos hubiera invitado a echar el cierre ya...  
SANTIAGO.- Qué invitación, ¿eh?, tan fastidiosa.  
JUAN.- ¿Te acuerdas cuando éramos jóvenes y novios, justamente, de dos hermanas y daban las tres de la madrugada en el café de Jorge Juan? «¡Eh, que se va a cerrar!», nos decía el mozo. Y aquel último cuarto de hora era el mejor.  
SANTIAGO.- ¿Qué se te pasa por la cabeza, hermano?  
JUAN.- Algún dislate, con seguridad.

(Sale por la izquierda.)

EMMA.- He cerrado las persianas. El reflejo de la nieve de los tejados podría despertar al niño.  
JUAN.- Ha hecho muy bien.  
EMMA.- Me parece triste. ¿Se arrepintió ya de quedarse con él?  
JUAN.- ¡No, no, qué locura!  
EMMA.- A tiempo están. Yo he de ir a ver a los Fernández Roig para decirles que Dios les ha negado, de momento, su decimoquinto hijo, a sabiendas de que les causo una desilusión, porque según ellos, se sienten muy solos, o sea que, con llevarles éste, asunto concluido.  
SANTIAGO.- No, Emma. Se queda con nosotros.  
JUAN.- Únicamente a la madre se lo cederíamos.  
EMMA.- Entonces, hasta luego.  
JUAN.- Hasta luego, Emma.  
SANTIAGO.- Salude a su hermana en nuestro nombre.  
EMMA.- (Con gracioso sigilo.) Voy a decirles una cosa, en voz

baja para quitarle solemnidad, pero muy de corazón: ¡que Dios les bendiga!

(Y hace mutis, presurosa, por la puerta del foro. JUAN regresa en silencio y preocupado hacia primer término. SANTIAGO, llegado allí antes que él, se ha sentado, abstraído en sus pensamientos. Es, tal vez, para JUAN, la ocasión del cigarrillo. La pausa es larga.)

JUAN.- ¿Nieva aún?

SANTIAGO.- No lo sé.

(JUAN hace mutis por la lateral derecha y regresa a los pocos momentos.)

JUAN.- Ya dejó de nevar. Ésta es la hora del lucimiento de los Alcaldes.

SANTIAGO.- Me importa un bledo que se luzcan.

JUAN.- ¡Psch!... Modales, hermano.

(Se instala junto a él. Los dos se sienten tristes. No sabrían decir exactamente por qué. Nadie podría prever tampoco la duración de su silencio si, de pronto, no sonara el teléfono. Su timbre les sacude como un amigo que les palmoreara en la espalda.)

SANTIAGO.- (Con enorme zozobra.) ¿Qué hora es?

JUAN.- ¡Las doce y media! Tenemos que marcharnos. Mejor dicho, yo, por lo menos. Aun puedo llegar a la oficina y evitar una catástrofe.

SANTIAGO.- De allí debe ser la llamada.

JUAN.- (Se dispone a marchar. Rectifica su decisión.) Diga..., ¿quién es?... Sí... sí... sí... (Estos tres síes tienen un enorme valor. Los pronuncia muy espaciadamente y de mayor a menor. El último, con un tono grave, casi sin modular, como si respondiera a una pregunta inútil.) ¿Y... con quién hablo?... Ya entiendo: la madre. (SANTIAGO se ha ido interesando, progresivamente, por las contestaciones de JUAN. Ahora, le mira, transido de mil dispares pensamientos.) En efecto, señora, con nosotros está su hijo. En fin... por lo menos un niño de muy pocos días... No dudo que usted será la madre, pero... Sí, en efecto, hemos oído el disco... Pues bien, sí, repítalo... Eso dice, sí. La prueba es concluyente... ¿Y cómo ese disco, señora, tan... regocijado, para acompañar a un envío tan... dramático...? ¡Ah, ya comprendo! Lo impresionaron días antes de que naciera su hijo, a su espera, con la ilusión de que fuera niño... (Que da a entender que repite las palabras de la madre para que SANTIAGO siga el diálogo.) ... en una tarde alegre... Ya me doy cuenta... El disco hacía innecesario todo lo demás... Y, dígame, ¿por qué se le ocurrió confiarnos a su hijo? ¡Ah, sí! (Dedicado a



SANTIAGO.) Conocía nuestra bondad... nuestra hombría de bien... ¿Y qué le determinó a abandonarle?... Le escucho, señora. Pero, óigame, usted no me mandó su hijo a mí solo, sino a mi hermano. Y mi hermano está aquí y tiene derecho, también, a saber por qué el destino de esa criatura y el nuestro se han entrecruzado hoy. Discúlpeme si, cuanto me dice a mí, voy repitiéndoselo después a él, con sus mismas palabras. (Hay un silencio prudencial. En cada cláusula del relato se reproducirá.) Su nombre es Gloria. Hace dos años conoció a un hombre del que se enamoró perdidamente. Él estaba casado. No lo supo al principio, sino cuando ya le amaba. Él no había tenido hijos en su matrimonio. Cuando supo que iba a tener uno, quiso separarse, definitivamente, de su mujer. Gloria se lo impidió. Aguardaban al hijo con una ilusión casi obsesiva. El hijo nació hace quince días. Hace siete murió su padre una noche, repentinamente, en casa de la mujer. No lo supo sino dos horas después de haber sido enterrado. Hoy por la mañana, enloquecida, decidió suicidarse. Dejó su hijo en nuestra puerta y huyó... Le ha faltado El valor. Ha decidido afrontar la vida, por dura que venga, y nos anuncia...

SANTIAGO.- ¡Que quiere recoger el niño!

JUAN.- Justo, que quiere recoger al- niño. (Transición. Ha cesado el monólogo de la madre. Ahora es JUAN quien habla, serenamente, pero no sin emoción.) Señora: nada tengo que oponer a sus deseos. Está usted en perfecto derecho. Pero voy a decirle a usted algo que acaso le sorprenderá. Mi hermano y yo, a la vuelta de varias alternativas, le veremos marcharse de nuestra casa con mucha melancolía. Es extraño, ¿no? Y, sin embargo, palabra de honor que le hablo con el corazón... Bien. ¿Mandaré esta tarde por él? ¿Cómo? ¿Ahora mismo? (A SANTIAGO.) Dice que nos habla desde la cabina del bar de abajo y que sube en el acto... (Al teléfono.) No, no, a su gusto, señora. No se preocupe. No intentaremos verla. La entiendo. Así será... ¡No, por favor, eso no! A mi hermano y a mí nos hiere un poco: no nos dé las gracias. Buenos días, señora. (Cuelga. Pausa.)

SANTIAGO.- ¿Entonces?

JUAN.- Ya habrás comprendido. Nos pide que no intentemos conocerla: Que le dejemos el niño donde le encontramos, que ella tocará el timbre tres veces, cuando le haya recogido, y que tardemos un poco en salir después.

SANTIAGO.- Está bien.

JUAN.- Pues, hale, Santiago. No vale andar con rodeos. Tráelo, y demos esto por concluido.

(Mutis de SANTIAGO por la izquierda que regresa enseguida con la canastilla del niño.)

SANTIAGO.- Vuelve a nevar. Es absurdo que salga a la calle con este frío.

JUAN.- Ni tú ni yo tenemos fuero sobre él. ¿Sigue durmiendo?

SANTIAGO.- Sí.

(Cogen la canastilla, entre los dos, y se dirigen a la puerta del foro. Inesperadamente, la canastilla tropieza con uno cualquiera de los muebles.)

¿Se habrá hecho daño el niño?

JUAN.- (Sonríe, conmovido, como si a través de la momentánea preocupación de su hermano, leyera toda la enorme ternura de su alma.) No, Santiago, no ha sido nada.

(Depositán la canastilla en la mesita)

SANTIAGO.- Mira, ha abierto los ojos.

JUAN.- O no sé nada de la vida, hermano, o es que se ríe.

SANTIAGO.- Se ríe, sí.

JUAN.- ¡lorito real!... (Imita el loro, como antes.) Fíjate, ahora le gusta. Lo que hace el alimento. Porque el loro es el mismo.

SANTIAGO.- Una mariposa, una mariposa... (Reproduce su juego anterior.)

JUAN.- ¡Adiós, don Santiaguito!

SANTIAGO.- Espera...

(Va al perchero, coge la bufanda y le abriga con ella.)

Adiós, chavea.

JUAN.- Hale, no perdamos tiempo.

(La melancólica procesión llega al umbral de la puerta. La abren, y dejan al niño como lo encontraron. Cierran. Avanzan un poco, pero no pasan del límite que forma con el vestíbulo la puerta de la habitación. Larga pausa.)

¿Recuerdas el disco? Quiero ser ingeniero de minas». Sería bonito que llegara a serlo.

SANTIAGO.- No sé. Me preocupa un poco. Creo que están apretando enormemente en los exámenes.

JUAN.- ¿Ah, sí?

SANTIAGO.- Eso tengo entendido.

JUAN.- ¿No oyes? Es el ascensor que sube.

SANTIAGO.- Sí.

(Se acercan, instintivamente, a la puerta de la calle.)

JUAN.- Ya está, viene aquí. No hay duda. (Pausa.) ¿Qué te dije?

SANTIAGO.- (Se oye abrir la cancela.) Abren la cancela. (Y de pronto los tres timbrazos.)

JUAN.- (En voz alta, que la emoción quiebra.) ¡Qué la Virgen le guarde, señor ingeniero! (Pasan unos segundos. Con melancolía.)

¡Se fue! (SANTIAGO, disimuladamente, se enjuga una lágrima y avanza a primer término. JUAN tarda algo en seguirle. Habla, ahora, resueltamente.) Bien, Santiago. En el breve espacio de tres horas de esta mañana de diciembre, hemos tenido un hijo y le hemos perdido. Sólo si nos dejamos llevar del histerismo le haremos grandes duelos. Lo normal es que todo quede reducido a una historia simpática que contar en Aduanas. ¿No te parece?  
SANTIAGO.- Estás en lo justo, hermano.  
JUAN.- Pues bueno, marchemos de una vez a la oficina. Santiaguito nos ha cogido ya una delantera respetable.  
SANTIAGO.- Vámonos.

(SANTIAGO se pone su gabardina, sus guantes, su sombrero.)

JUAN.- Toma mi bufanda.  
SANTIAGO.- Te advierto que no tengo frío.  
JUAN.- Pero me llevas un año. (Antes de abrir la puerta suena el teléfono.) Ahora sí que es la oficina... Dígame... (Alegremente.) ¡Ah! De parte de la señorita Emma... Muy bien, muy bien... Sí, no me extraña que no haya podido. Hemos estado comunicando mucho rato. Deme, deme su recado... ¡Ajajá! ¡Muy bien! A las cuatro. Bueno.

(Mientras JUAN habla, SANTIAGO se le acerca y, en voz baja, pero modulando mucho, no hace sino sugerirle.)

SANTIAGO.- La hermana, la hermana...  
JUAN.- ...Dígale usted que... O si no, no le diga nada. Muchas gracias. Adiós. (Cuelga.) De parte de Emma. que tengamos preparado un baño a treinta y seis grados para el niño. Que vendrá a las cuatro... con su hermana.  
SANTIAGO.- ¡Caramba! Oye, Juan. Si no me equivoco, el orden normal de las cosas es éste: primero, la mujer, y después los niños, ¿no?  
JUAN.- (Sin saber por dónde va.) Sí. Como en los naufragios.  
SANTIAGO.- Sería gracioso que se invirtieran los términos y que, en nuestro caso, fueran los niños, primero, y después las mujeres.  
JUAN.- Sí, tendría gracia. (Inicia el mutis, por enésima vez, y el teléfono, implacable, se lo corta.) Dígame... (A SANTIAGO.) ¡Don Aníbal!... Sí, el teléfono estuvo estropeado toda la mañana. Ya le explicaremos.

(Coge el teléfono, lo tira al aire y lo vuelve a coger, de vez en vez, mecánicamente, sin prestar atención a la catilinaria de su jefe .)

Perdónenos, don Aníbal... Ya le explicaremos... Perdón, don Aníbal. Sí, sí, ahora mismo. (Y cuelga.)  
SANTIAGO.- ¿Como está? ¿Hecho una fiera?  
JUAN.- Dos.

SANTIAGO.- Andando.

(Abren la puerta. Desaparecen tras ella y van a cerrarla, cuando el teléfono vuelve a sonar. Deshacen el mutis, JUAN toma el teléfono. SANTIAGO se acerca.)

¿Quién podrá ser?

JUAN.- Dígame... ¡Ah, sí! Lo celebro, lo celebro. (Habla con verdadera efusión.) ¡Ah, sí, qué alegría! Pues, muchas gracias. Se lo estaremos de verdad. (Cuelga.) Es la madre... Dice, hermano, que nos está muy agradecida y que, si queremos, algún día nos traerá al niño, más adelante, para que lo veamos.

(Y ahora sí hacen mutis, camino de la Dirección General de Aduanas los dos hermanos Villanova, don JUAN y don SANTIAGO. Se les ve -caso curio- rejuvenecidos. Llevan la conciencia en paz y aunque, con certeza, sigue nevando en la calle, un sol saliente de esperanza les anima por dentro el alma. Los hermanos Villanova abren la puerta y la cierran tras sí. Y a los tres o cuatro segundos, sobre la escena vacía, cae lentamente el

TELÓN

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

